

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 13. — N° 84.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Expedicion al mar Báltico; grabado. — Apuntes para un drama. — Revista de Paris. — Correspondencia de Oriente; grabados. — Tres cartas acerca de la Finlandia. — Astronomía. — El Birman; grabados. — Margarita Pusterla. — Consideraciones sobre las causas que produjeron el actual estado político, económico y social de Inglaterra. — El Ehin; grabados. — Darse al diablo. — Melodías hebreas. — Alejandro Maurocordato; grabado. — Estatua del general Carlos Abatucci; grabado.

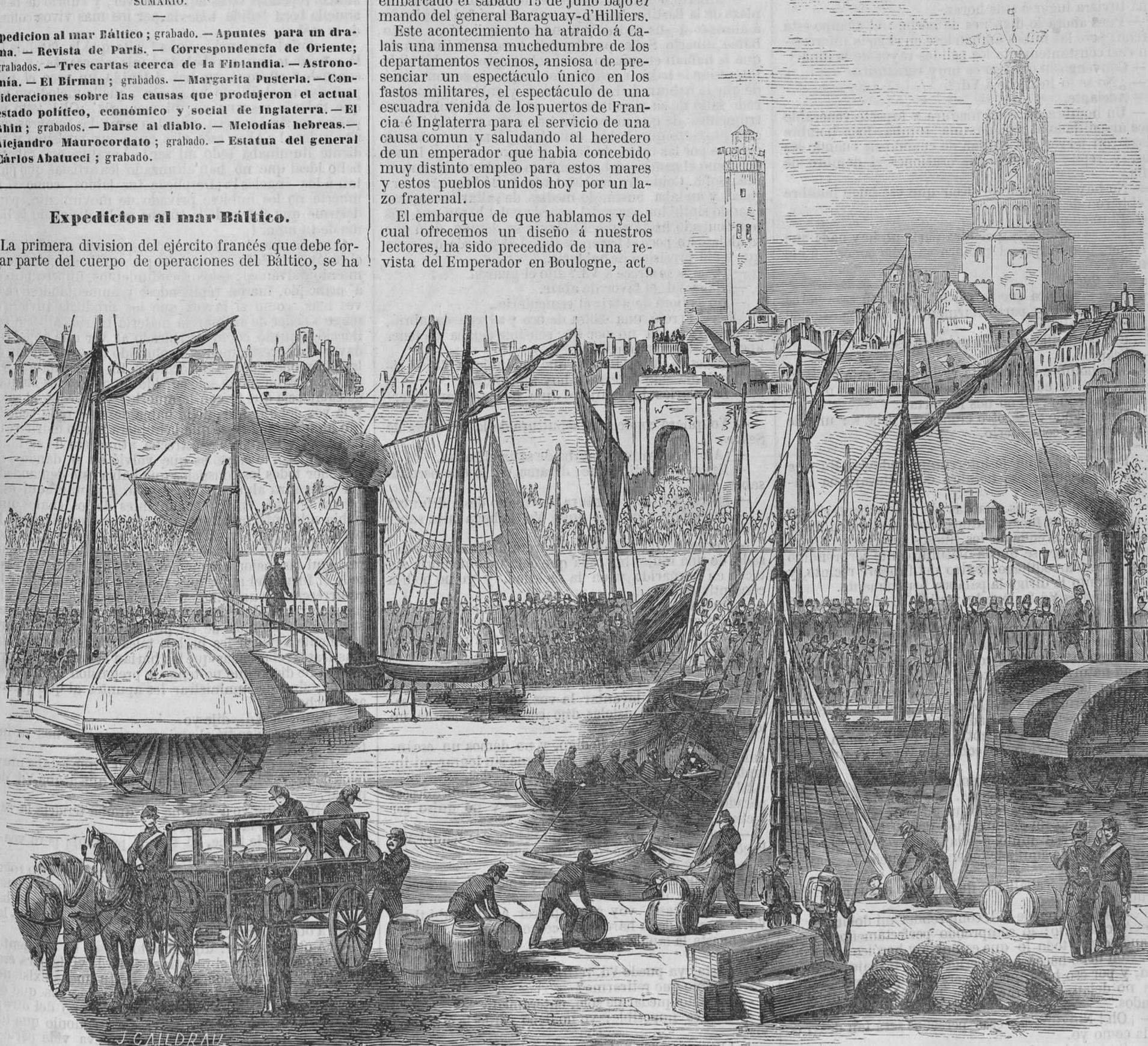
Expedicion al mar Báltico.

La primera division del ejército francés que debe formar parte del cuerpo de operaciones del Báltico, se ha

embarcado el sábado 13 de julio bajo el mando del general Baraguay-d'Hilliers.

Este acontecimiento ha atraído á Calais una inmensa muchedumbre de los departamentos vecinos, ansiosa de presenciar un espectáculo único en los fastos militares, el espectáculo de una escuadra venida de los puertos de Francia é Inglaterra para el servicio de una causa comun y saludando al heredero de un emperador que habia concebido muy distinto empleo para estos mares y estos pueblos unidos hoy por un lazo fraternal.

El embarque de que hablamos y del cual ofrecemos un diseño á nuestros lectores, ha sido precedido de una revista del Emperador en Boulogne, act.



Embarque de las tropas de la primera division expedicionaria del Báltico.

terminado por una alocucion que entre otras cosas notables contiene estas significativas palabras: « Andad, hijos míos; deberes imperiosos me tienen sujeto todavía lejos de los acontecimientos » en lo cual se deja entender que en caso necesario el jefe del estado se pondría á la cabeza de sus tropas.

El embarque se ha verificado con toda felicidad, gracias á la inteligencia de los que lo han dirigido, y también á la bondad del puerto de Calais, que es uno de los más favorecidos por la naturaleza y por el arte.

Apuntes para un drama.

ACTO TERCERO.

— El teatro representa un cementerio, dijo nuestro amigo empezando la relacion del acto tercero.

— No puede ser más romántico el cuadro, respondí yo. La mayor parte de los dramas del romanticismo tienen una decoracion de cementerio.

— Ya le he dicho á Vd. que mi drama es altamente romántico.

— Tanto mejor.

— En este cementerio hay muchísimas tumbas, continuó el amigo. Ya sabe Vd. que aquí en Francia no es como en España; los cementerios aquí son una especie de jardines donde se colocan con cierto estudio desorden varias tumbas, diferentes en las dimensiones y el gusto, según los recursos de cada uno. Esto no impide que por la noche los cementerios de Francia sean mucho más lúgubres que los de nuestra tierra, porque los árboles, que tanta alegría dan durante el día, difunden la tristeza y el miedo cuando falta la luz.

— En efecto; pero no nos había Vd. dicho que la escena tuviera lugar á esas horas.

— Pues ahora lo digo: es de noche: el tiempo está sereno; pero las nubes apiñándose en el cielo interceptan casi constantemente los pálidos rayos de la luna.

— Convento en que eso es muy romántico.

— ¿No se lo he dicho á Vd.?

— Adelante.

— Un hombre de edad madura y aspecto venerable yace arrodillado al pie de una tumba. Este hombre ruega con fervor, se enjuga de cuando en cuando los ojos, y repite en todas sus oraciones el nombre de Sofia.

— No hay necesidad de decir que ese buen hombre es el baron de Sevres.

— El mismo.

— Eso se adivina, y por otra parte no hay nada que adivinar, puesto que el público ya debe conocer á ese hombre.

— Sin duda.

— Solo me choca que le permitan estar á esas horas en el cementerio, y particularmente en este país donde todo está prohibido.

— Eso se justificará en la segunda escena.

— Veamos.

— Otro hombre se presenta vestido con traje militar. No describo la edad ni las demás cualidades de este hombre, porque esto no nos importa.

— Ya entiendo: ese otro ciudadano debe ser uno de los guardas del cementerio.

— Así es.

— Permita Vd. que le interrumpa todavía. En una noche tan oscura, ese hombre debía llevar una linterna.

— Nada de eso: los guardas de los cementerios se alumbran con los fuegos fatuos, con esa claridad fosfórica que se desprende de los huesos humanos. Ahora bien, este hombre se queda naturalmente sorprendido al ver al otro arrodillado dentro del fúnebre recinto, y por de pronto le dirige la palabra bruscamente.

— ¿Quién es Vd.? ¿Qué ha venido Vd. á hacer aquí? tales fueron sus interpelaciones.

— Soy el más desgraciado de los hombres, y he venido á rogar por la más amada de las mujeres.

Conmovido el guarda con esta sentida contestación, cambió naturalmente de tono, y bajando la voz para no llamar la atención de sus compañeros, dijo:

— Caballero, bien debe Vd. saber que nos está prohibido el consentir la entrada á estas horas.

— Dispénsame Vd., yo entré aquí á una hora regular, y he permanecido sin echar de ver el tiempo que ha trascurrido.

— Lo comprendo muy bien, y eso prueba el amor que Vd. profesaba á su esposa.

— ¡Ah, sí! la amaba tanto que no podré sobrevivirla; ya tengo hecho mi testamento, donde dejo mandado que me entierren junto á ella, y entretanto quisiera no separarme de aquí por tener el consuelo de morir á su lado.

— Me parece, caballero, que eso no arguye mucha cordura.

— Porque no puede Vd. comprender mi dolor.

— Al contrario; lo comprendo perfectamente, y lo aplaudo como todo lo que es noble y heroico; pero la reflexión debe hacernos superior á los trabajos de esta vida, y por eso hay muchas personas que viven, aunque no dejan de llorar sobre la losa de los objetos amados.

— ¡Oh! Ninguna de esas personas será tan desgraciada como yo.

— ¿Pues no han de serlo? Si Vd. viviera como yo en este asilo de la muerte, conocería muchas historias capaces de desgarrar el alma. Yo veo venir aquí maridos

que han perdido á sus mujeres, padres que han perdido á sus hijos; algunos hay que han visto perecer á toda su familia, y todos se consuelan llorando, y se retiran despues de tributar á la memoria de los muertos una oración ó una corona de siempre-viva.

— Yo solo moriré sin haber podido consolarme.

— Seria una desgracia que no remediara la otra; y despues, dígame Vd., por mucho sentimiento que nos cause la muerte de uno de nuestros parientes, ¿hemos de olvidar á los vivos que dependen de nosotros? ¿No tiene Vd. hijos ó hermanos en que pensar?

— Es verdad, tengo un niño de dos meses, que es el vivo retrato de su madre.

— ¿Tiene Vd. un niño y piensa en la muerte? Vamos, amigo mio, confesemos que su razon de Vd. está un poco extraviada. Vd. no puede faltar á esa criatura, no puede abandonarse al dolor que daría á su muerte el colorido de un suicidio. Seréne Vd., y vuélvase á su casa donde tiene deberes que cumplir.

Vencido el baron por estos sencillos razonamientos, besó la tumba de Sofia, y se retiró en compañía del guarda que fué á abrirla la puerta. Durante algunos instantes la escena quedó sola enteramente.

— Eso, dije yo, seria criticado en una obra clásica; pero el romanticismo se cuida muy poco de las reglas, y hace bien, siempre que de su infracción resulte un buen efecto dramático.

El amigo continuó:

— A poco rato volvió el guarda acompañado de otro hombre.

— Ese seria Alberto.

— El mismo.

— Me lo estaba figurando.

— Pero no se figurará Vd. lo que sucedió despues.

— Allá lo veremos.

— Alberto á quien dejamos en el acto anterior en la plaza de la Bastilla, luego que volvió en sí fué corriendo á abrazar á sus padres y á informarse de si en efecto habia muerto Sofia, pues queria hacerse la ilusion de que le habian engañado en el relato que tan horrible impresion le habia causado. Por desgracia se convenció de que le habian dicho la verdad, y entonces desesperado salió de su casa llevando un par de pistolas, instrumentos de que necesitaba hacer uso para el insensato proyecto que habia concebido; anduvo primero errante por las calles de Paris, y luego que llegó la noche tomó el camino del cementerio donde estaba enterrada Sofia. Como era consiguientemente, halló la puerta cerrada, y andaba buscando medios de saltar las tapias, cuando sintió los pasos del guarda y del baron que nos han ocupado hasta aquí. Entonces se detuvo, dejó que se alejase un poco el baron, y llamó al guarda diciendo que tenia precision de hablarle.

— ¿Qué se le ofrece á Vd.? dijo el guarda.

— Haga Vd. el favor de abrir.

— No es hora de abrir el cementerio.

Alberto arrojó una bolsa de oro y el guarda abrió, porque el guarda no por ser sensible dejaba de tener apego á estas insinuaciones.

— Necesito, dijo Alberto, que me indique Vd. el sitio donde ha sido enterrada hoy una mujer.

— Son varias las mujeres que hoy se han enterrado.

— Yo quiero conocer la sepultura de la baronesa de Sevres.

— ¡Ah! precisamente acaba de salir el baron.

— Eso me es indiferente; dígame Vd. lo que necesito saber.

— ¿Seria Vd., por ventura, hermano de la difunta?

— No, señor, y no creo que á Vd. le haga falta saber quien soy.

— Perdona Vd., caballero, se trata de una mujer casada, de una mujer honrada que deja una memoria sin tacha en su marido y en la sociedad, y yo no podría consentir en que...

— Pues bien, esa mujer ántes de pertenecer al baron debió casarse conmigo; yo la amaba, y en calidad de amante vengo á visitarla en el nicho de la muerte.

— Vaya, vaya, joven, retírese Vd.

— Le digo á Vd. que no me retiro, y espero que no me haga perder el tiempo.

Iba el guarda á levantar la voz, cuando Alberto sacando su par de pistolas dijo con el ademán de un loco:

— Haga Vd. lo que le digo, y no demos un escándalo. Mire Vd. que ántes de retirarme sin lograr mi intento estoy decidido á que muramos los dos.

El guarda vió que se las habia con un hombre desesperado capaz de hacer lo que decia, y no quiso ser víctima de su temeridad.

— Pues bien, dijo, espero que al menos tendrá Vd. la consideracion de no comprometerme.

— Le doy á Vd. mi palabra.

— Que no dirá Vd. que yo le he abierto la puerta.

— Viva Vd. descuidado.

— En ese caso, voy á complacer á Vd.: ahí tiene Vd. la tumba de la baronesa; como Vd. ve, todavía no está puesta la lápida, como que ha sido enterrada hoy mismo.

— Basta, ya puede Vd. retirarse.

— ¿Cómo que retirarme?

— Necesito quedarme solo, enteramente solo.

— Eso es imposible; yo no debo perderle á Vd. de vista.

— ¿Porqué razon? ¿Teme Vd. que me voy á comer á los muertos?

— Ya supongo que no.

— Pues entonces haga Vd. el favor de retirarse si-

quiera por una hora, nada más que una hora, y despues vuelva Vd. para abrimme la puerta.

— Consiento en ello; pero nada más que una hora.

— Vaya Vd. con Dios.

Alejóse el guarda de aquel sitio, y Alberto quedó dueño del campo. ¿Qué fin se llevaba? ¿Qué objeto se proponia el insensato amante para insistir tanto en quedarse solo al lado de una tumba? Esto lo podrá él explicar muy bien en quintillas, metro que nuestros autores modernos han adaptado á toda clase de afectos, pero que cuadra sobre todo perfectamente á las emociones tiernas, aun cuando estas traspasen un poco la valla de lo natural. Yo lo explicaré en prosa seca, no solo porque esto será más breve, sino porque no tengo el don de improvisar. Habia, pues, Alberto imaginado el heroico proyecto de quitarse la vida sobre el cadáver de la mujer á quien tanto amaba todavía.

— Puesto, dijo, que la fatalidad nos habia separado, que la tumba reuna nuestros despojos.

Y diciendo esto empezó á escaibar el débil tabique detrás del cual yacia el cadáver de Sofia, pues como llevo dicho, aun no habia sido cubierto por la lápida que hubiera hecho más difícil esta operacion. Con poco trabajo llegó á descubrir la caja que contenia el objeto sagrado de su pasion; pero á poco hizo el hueco suficiente para sacar la caja del nicho, y la abrió queriendo contemplar un momento á la difunta ántes de recorrer con ella y como ella el camino eterno de la muerte. Al descubrir aquel cuerpo engalanado que conservaba las engañosas apariencias de la vida; aquel rostro macilento, pero no descajado por los sintomas de la destruccion; aquellas perfecciones apenas alteradas por tantas especies de agonias, Alberto no pudo contener los impulsos de su corazon poco ántes oprimido y próximo á desfallecer bajo el peso del dolor; abrazó repetidas veces aquel cadáver, y cubrió de besos aquella boca teñida todavía por los más vivos colores de la rosa.

— ¡Sofia! exclamó, ¡Sofia! ¿Porqué la fatalidad y la muerte te han arrebatado á mis esperanzas y á mi consuelo? ¿Porqué no has detenido un poco el paso para darme el último adios con aquella melodiosa voz que todavía resuena en mi memoria? ¡Oh! ¡esto me parece un sueño, pero siniestro como las sombras que nos rodean! ¡Abre esos ojos cuya luz purísima y ardiente iluminaba todo mi ser! ¡Levanta esa cabeza, bello ideal que no han alcanzado los artistas que pintan á los ángeles! ¡Despliega tus labios, como si la muerte no los hubiese privado de movimiento, para decirme que el frio de la tumba no ha devorado la llama de tu amor!

En cada uno de estos apóstrofes parecia en efecto que el cadáver de Sofia se agitaba por un ligero estremecimiento galvánico; estos sacudimientos, imperceptibles a principio, fueron repitiéndose y aumentándose cada vez más, como si la voz que los producía tuviera el mágico poder de animar la materia inerte. Alberto palideció y quedó como petrificado al ver que aquel cadáver iba sucesivamente recobrando las apariencias de la vida y obedeciendo sus órdenes. En una palabra, Sofia, ya porque habia solo sufrido uno de esos ataques de catalepsia que fingen la muerte; ya porque el calor y la voz del amante que la habia desenterrado vencieran al sueño letárgico que la hubiera hecho morir realmente bajo la infecta y estrecha atmósfera de su fúnebre calabozo, lo cierto es que volvió en sí, dando á su salvador todos los consuelos que habia este demandado sin esperanza alguna. Yo renuncié á pintar aquí esta escena terrible entre dos amantes de los cuales uno habia sido enterrado vivo por el esposo que le diera la obediencia filial, y salvado milagrosamente por aquel cuyas ilusiones habia frustrado. El poeta deberá apurar aquí las mejores armonías de su lira para expresar todo el fuego del amor que tiene el poder de obrar la resurreccion de un alma, y toda la ternura de esta alma que retrocede en su vuelo á un mundo donde resuenan los acentos de su primer amor. Me limitaré solamente á referir los hechos tales como pasaron, sin esas frases rebuscadas que los harian languidecer, porque ya he dicho que no tengo la pretension de hacer el drama, sino de suministrar los apuntes al que quiera aprovecharlos.

— Continúe Vd., dije yo.

— ¡Hola! respondió el amigo; parece que nos va interesando la historia.

— Confieso que me interesa mucho y que estaba muy lejos de prever la situacion dramática que acaba Vd. de pintar.

— ¿No le dije yo á Vd. que mi drama tendria la recomendacion de la novedad?

— En efecto, la tiene, al menos para mí; pero veamos en que quedó la cosa.

— La cosa quedó en que por de pronto Alberto rogó á Sofia que le siguiese. Esta le juró que le amaba como siempre, pero se negaba á seguirle, diciendo que estaba casada, y que no la era lícito romper los lazos que la unian á otro hombre.

— ¡A otro hombre! dijo Alberto. Desde el momento en que moristé para el mundo, dejaste de vivir para ese hombre. ¿Quién puede disponer de tu nueva existencia? Tú no podias pertenecer á tu marido más que el tiempo en que la tumba os apartara el uno del otro; pues bien, la muerte disolvió ese matrimonio que tu corazon no habia sancionado, y tu nueva vida pertenece á tu verdadero amante. Aunque así no fuera, yo no sé con que derecho podria reclamarte un hombre que te ha enterrado viva, y aunque solo obraras por gratitud, aunque tu amor hubiera solo sido sepultado en

este cementerio, no puedo comprender como tienes valor para separarte del que ha tenido la fortuna de arrojarte al dominio de la muerte. Además, yo no quiero que empañes tu memoria ni que deshonres el nombre del que fué tu marido; yo quiero solamente que me sigas, que huyamos juntos de este país, y que vivamos el uno para el otro donde nadie tenga que hablar de nuestros antecedentes.

Sofía, que á falta de razones sólidas hubiera deseado pretextos para dejarse persuadir, anunció por fin que estaba decidida á seguir Alberto. Sin embargo, como la pobre mujer al volver á la vida no había recobrado la salud, convinieron en que esta se establecería en una casa en París el tiempo necesario para restablecerse, y sin detenerse más tiempo, por el temor de ser sorprendidos, se dirigieron á buscar el punto más á propósito para saltar la tapia del cementerio. Poco después vino el guarda murmurando por lo bajo estas palabras:

— Me parece que ya ha pasado la hora; voy á decir á ese caballero que se retire, ó de lo contrario ya buscaré medios de hacerle obedecer.

Diciendo esto llegó al punto donde había dejado á Alberto, y se quedó estupefacto, no solo de no encontrarle, sino también de ver fuera de la tumba aquella caja donde ya no estaba el cadáver de la baronesa. Hizose algunas reflexiones muy naturales, y queriendo ante todo cubrir su responsabilidad, volvió á cerrar la caja en la tumba y á restablecer el tabique destrozado, pensando que de este modo nadie se apercebiría de lo que había sucedido. Dejemos trabajar á este pobre hombre, y brindemos á la salud de la resucitada, que ya es hora de hacer una pausa para beber.

— En efecto, dije yo, aquí podemos dar por concluido el acto tercero.

J. M. VILLER GAS.

Revista de Paris.

En los periódicos del jueves último leímos en cortas líneas, la relación del suicidio de una joven, hija única de los señores de X..., que habitan en una casa de campo situada á tres leguas de Paris, sobre las márgenes del Sena.

He aquí ahora lo que nosotros hemos podido averiguar sobre este deplorable acontecimiento; excepto los nombres, todo lo que sigue es auténtico:

En la semana última hemos tenido tres días de verano, esto es, tres días en que el termómetro centígrado ha señalado de treinta á treinta y cuatro grados de calor, lo que equivale á decir que los parisienses se creyeron durante ese tiempo trasladados á la zona tórrida.

Por una de esas tardes calorosas, á eso de las ocho, cuando el sol lanzaba sus últimos rayos y nadaba espléndidamente en la púrpura y el oro, dos jóvenes apoyadas en el antepecho de una azotea dependiente de una bonita casa de campo á la orilla del Sena, parecían absortas en la contemplación del soberbio espectáculo que presentaba la naturaleza á tales horas. La más joven podía tener unos diez y ocho años, y era pequeña de estatura, pálida y delgada; su lindo rostro, adornado con los hermosos bucles de una cabellera negra como el ébano, tenía la suavidad y brillo de la azucena; esta era Julia de X.... Su amiga representaba el tipo opuesto; era muy rubia y su fisonomía se animaba por instantes con una sonrisa burlona que la sentaba á las mil maravillas. Enriqueta de V.... (así se llamaba) era una joven frívola y graciosa de veintiseis años, que casada con un marqués viejo y feo de cuarenta, y aficionado acérrimo á la caza, se aprovechaba perfectamente de la libertad que disfrutaba para dar anchura carrera á sus inclinaciones de intrigas y de bromas; sin duda por esta razón se jactaba la marquesa de conocer el mundo y los corazones de los hombres.

Julia, por el contrario, no conocía aun las cosas de este mundo mas que por el prisma poético, y tenía todo el encanto de una naturaleza delicada y melancólica.

El silencio mas absoluto reinaba hacia algunos momentos entre las dos jóvenes, cuando de repente se oyó una voz vibrante sobre el río; Julia se estremeció, se acercó al antepecho, y luego se retiró con presteza.

— ¿Qué tienes, Julia? le preguntó Enriqueta con intencion; parece que te has estremecido.

— ¡Yo! contestó la joven algo cortada; en efecto, añadió como burlándose de sí misma; no puedo oír cantar por la noche en la soledad sin sentir una viva emoción...

— Julia, interrumpió Enriqueta maliciosamente; sin hallarme dotada de una intuición bien superior, veo y apuesto á que estás enamorada.

La joven comprimó un movimiento de impaciencia.

— Sí, amiga mia, prosiguió la marquesa, amas á un hombre amable, hermoso, seductor.

Julia se había quedado pálida como la muerte, y sus ojos se humedecieron de lágrimas; aquella enojosa investigación que hacia Enriqueta irritaba su susceptibilidad; por fin, dominándose, preguntó á su amiga:

— ¿Y quién es ese hombre? ¿podrías decírmelo?

— Querida mia, escucha á una amiga que quiere ahorrarte muchos desengaños. Eres muy niña todavía, Julia, y vives en las candidas ilusiones, en las dulces creencias propias de tus años. Amas hoy, y quizá amarás muchas veces antes de saber lo que son los hombres, y lo que valen sus palabras y juramentos. Este aprendizaje es terrible para todas las mujeres; pero yo, querida mia, quiero libertarte de él, haciendo una sola prueba de todas las que te amenazan; en una palabra, quiero curarte de tu amor.

Enriqueta contaba entre sus adoradores un médico famoso, á quien llamarémos Ernesto de N....

Julia la había escuchado con emoción, pero sin comprender muy bien lo que decía.

— Enriqueta, te repito que estás engañada...

— ¿Lo niegas aun?... ¿Habrá que decirte su nombre? ¿Habrá que decirte que te has estremecido porque oíste su voz, su voz que estás escuchando en este momento, y que se acerca, pues quizá una cita?...

Julia se alzó desdeñosamente delante de su amiga, con las mejillas encendidas y brillantes los ojos, y la dijo:

— Ignoro que es lo que te propones hoy de mí, pero debo asegurarte desde luego que me hieren mucho tus palabras; dejemos esta conversacion ó me retiro.

Y la joven se dejó caer con abatimiento en una silla, ocultándose el rostro con sus manos; Enriqueta la miró con una mezcla de ironía y compasion, y repuso lentamente:

— Pues, hija mia, yo persisto en creer que M. Ernesto de N.... tiene una cita aquí esta noche.

Julia alzó vivamente la cabeza.

— Pero no se trata de tí, repuso irónicamente la marquesa.

— ¿Pues con quién es la cita? exclamó Julia con agitacion.

— Conmigo, respondió tranquilamente Enriqueta.

Julia se quedó como aterrada.

— Es imposible, te engañas, dijo con calor, quieres proseguir tu broma y nada mas.

— Hija mia, repuso Enriqueta, para que veas que no me engaño, lee esta carta.

Y sacó de su pecho un papel que entregó á Julia, y en el cual la joven leyó estas palabras:

« Ya que debe Vd. pasar la noche en casa de los señores de X..., esté Vd. sola á las nueve en la azotea que mira al río; no falte Vd., se lo suplico encarecidamente, pues quiero hablarla á Vd. sin testigos una sola vez antes de su marcha; soy muy desgraciado, el amor que á Vd. la tengo me mata. »

— ¡Infame! murmuró Julia.

— ¡Ah! conoces su letra, ya lo creo, como que mas de una vez te habrá escrito versos... ¡Ernesto es un gran poeta!

— ¿Te lo ha dicho?

— Tonta, esas cosas no se dicen, se adivinan; no hay enamorado que no haga versos, es la sempiterna manía de los hombres. Pero, á propósito, ¿tú no le has dado nada á él?

— Sí, respondió Julia, le he dado esta mañana unas florecillas, tres claveles rojos que llevaba yo prendidos en la cintura.

— ¿Qué fatuo es ese hombre! dijo Enriqueta un poco picada; ha tenido la audacia de presentarse esta mañana en mi casa con tus flores en el ojal de la levita. ¡Ah! Ernesto, Ernesto, me las pagará Vd. todas juntas. Póbre amiga mia, prosiguió la marquesa arrastrando á Julia lejos del balcón; Ernesto es indigno de tí, es un corazón gastado que mira el amor como un pasatiempo, un alma incapaz de una pasión verdadera. Julia, renuncia á ese fatal amor, si no quieres ser muy desgraciada; escóndete al pie de la azotea entre esas plantas, y oírás sus juramentos; ¡ya verás qué hombre tan infame! Quizá sufrirás mucho, pero te curarás para siempre de ese amor insensato.

— ¿Con qué tanto te ama? preguntó Julia retorciéndose las manos.

— Lo mismo que á tí, lo mismo que á tantas otras, yo no le hago el menor caso. En el día quizá está un poco encaprichado, porque sabe que pasado mañana debo marchar á los baños de Baden, y por eso no ha temido darme una cita en esta azotea, presumiendo que tu familia y la mia, retiradas al otro lado de la casa en el jardín, no notarían mi ausencia, y que yo podría sustraerme á tu vigilancia. ¡Oh! en cuanto á citas, Ernesto es un hombre muy hábil... Pero oigo á nuestro héroe que amarra su barca; ya se prepara á escalar la tapia... Julia, cuando quieras vendrás con nosotros, te permito esa venganza.

Julia se ocultó como estaba convenido, y Enriqueta esperó al galán nocturno, que se presentó un instante después en la azotea.

Ernesto era un hombre de unos treinta y cinco años, que respiraba por todos los poros una perfecta elegancia; en cuanto vió á Enriqueta se adelantó á ella, y la dijo tomándola una mano:

— Conté con que vendría Vd., y no me engañaba.

— Por supuesto, yo soy una mujer muy exacta.

— ¡Siempre tan burlona!... dijo haciéndola sentar á su lado; es particular, cuando estoy en compañía de Vd. me vuelvo tan tímido como un joven de quince años.

— Y sin embargo, no tiene Vd. fama de ser tímido con las mujeres.

— Al ver á Vd., todas las mujeres del mundo se borran de mi memoria.

— ¿Qué galantería!

— ¡Y qué frialdad por parte de Vd.! ¡Enriqueta, Enriqueta! aquí estamos solos; ¿no se siente Vd. conmovida en medio de la naturaleza? ¡Oh! lejos de nosotros la irónica etiqueta de las sociedades; en este sitio solitario, en medio de esta sombra, demos rienda suelta á nuestros corazones; amémonos, Enriqueta, añadió besándola en la frente por sorpresa.

En este instante se oyó un ruido de hojas al pie de la azotea.

— ¿Qué es eso? murmuró Ernesto levantándose para averiguar la causa de aquel ruido; pero la marquesa le dijo que se estuviera quieto, y fué ella misma á ver lo que era; al cabo de un momento volvió, asegurándole que estaban solos; Enriqueta había visto en la sombra los ojos de Julia que brillaban de un modo sorprendente.

— Amiga mia, prosiguió Ernesto, la amo á Vd. como un loco, como jamás he amado; la amo á Vd. tanto que la seguiré á donde quiera que vaya.

— ¿A Baden?

— Al extremo del mundo, si es preciso.

— Gracias á Dios, no voy tan lejos.

— No sé que ha hecho Vd. conmigo, pero soy otro hombre; vivir sin Vd. me es imposible.

— Sí; pero ¿y mi marido? preguntó Enriqueta como asustándose.

— ¿Qué le hace? le mataré si sospecha nuestras relaciones.

— ¡Oh! el asunto es muy serio, y pide un maduro examen; aun suponiendo que yo le amara á Vd. y que se lo hubiera confesado, ¿crees Vd. que deba enorgullecerme de la pasión que le he inspirado?

— ¿Qué quiere Vd. decir?

— No hablo del pasado, del cual podría evocar muchas rivales, sino del presente; vamos, sea Vd. franco; ¿su corazón de Vd. me pertenece á mí sola?

Ernesto se quedó algo cortado, pero después de una breve pausa, respondió con resolución:

— Soy incapaz de mentir, Enriqueta; es Vd. la sola á quien amo, pero no la sola á quien hago la corte.

Enriqueta se sonrió con aquella respuesta. Ernesto prosiguió diciendo:

— ¡Ah! créame Vd., todas las mujeres son nada para mí en comparación de Vd. sola; ¿porqué me habla Vd. tan friamente? Déjeme Vd. que la ame, déjeme Vd. que la embriague con la pasión que me devora; Enriqueta, ángel mio, vida mia, olvidemos el pasado, no nos acordemos del porvenir, vivamos solo en el presente.

— ¿Qué bien habla! dijo para sí Enriqueta; y luego sonriendo con una expresión irónica, añadió en alta voz:

— ¡Ah! Ernesto, ¡si le oyera á Vd. Julia!

Ernesto miró á la marquesa con asombro.

— ¿Qué dice Vd. de Julia? exclamó enojado; ¿porqué se acuerda Vd. ahora de esa joven insulsa, que me inspira la mas completa indiferencia?... Yo no amo mas que á Vd.

— No, caballero, no me ama Vd. á mí, sino á Julia; á lo ménos así se lo ha dicho Vd.; tenga Vd. cuidado, añadió levantándose de repente, ¡pues hay un alma de fuego en esa joven tan delicada!

— Niñerías y nada mas, Enriqueta; figúrese Vd. que una noche que Vd. me había recibido friamente, me fui hácia ella... puro pasatiempo...

— Sin embargo, algo le interesa á Vd. á lo que veo...

— ¿Qué dice Vd.?

— ¡Aun lleva Vd. en el ojal los tres claveles rojos que le dió á Vd. esta mañana!

— ¡Ah! lo había olvidado, respondió Ernesto cada vez mas atónico, y tomando en su mano las flores con tanta sorpresa, que Enriqueta estuvo á punto de soltar una carcajada.

— ¿Y cómo sabe Vd. que Julia me ha dado estas flores?

— No puedo decirlo... pero Vd. piensa sin duda conservarlas.

— Está Vd. equivocada.

Y al decir esto arrojó sus claveles al Sena.

— Mire Vd. como el agua los dispersa y se los lleva.

— Triste imagen de sus amores de Vd., caballero.

En el mismo instante se oyó al pie de la azotea un ruido extraordinario, parecido á un grito de agonía.

— ¿Ha oído Vd., caballero? exclamó Enriqueta, alguien nos escucha.

— ¿Quién puede ser?

— Silencio, voy á ver lo que puede ser eso.

Hubo un buen rato de silencio profundo, y después resonó un chillido desgarrador que decía:

— ¡Muerta!

— ¡Muerta! repitió Ernesto con espanto; ¿quién es?

— Julia, la pobre Julia, caballero... ambos hemos jugado con el corazón de esa joven, Vd. mintiéndola y yo queriéndola curar de una pasión loca; ¡oh! ¡es horrible lo que nos sucedió!

— ¿Qué dice Vd.? exclamó Ernesto saltando abajo de la azotea.

— ¡Julia muerta! repitió Enriqueta sollozando, ¡y la hemos matado nosotros dos, caballero!

Ambos cayeron de rodillas junto al cuerpo inanimado de Julia, permaneciendo allí largos instantes sumergidos en un doloroso abatimiento.

Dieron las diez; la noche estaba serena y pura como antes, y Julia curada de los sufrimientos y de los amores de la tierra, con el rostro cubierto de una brillante palidez, se hallaba tendida sobre la yerba alumbrada por un rayo de luna.

MARIANO URRABIETA.

Correspondencia de Oriente.

Varna 26 de Junio de 1854.

Muy señor mio:

A nuestra llegada á esta ciudad carecíamos de toda clase de recursos; pero hoy, gracias á la actividad de las autoridades, Varna se ha trasformado enteramente como Gallipoli: cada uno de los edificios que mas podia prestarse á nuestras necesidades ha sido modificado y apropiado á su nuevo destino. Se han construido hornos que elaboran un excelente pan para el ejército; se guarnecen los almacenes; un número considerable de trabajadores confecciona sin descanso todo lo que puede ser necesario á la guerra, y se han organizado en fin todos los servicios. Todo esto ha brotado como por encanto en este país donde las necesidades son tan diferentes de las nuestras y cuyos recursos están poco en armonía con las exigencias de la situación. Y no debe perderse de vista que en este país donde se carece de todo, cada dia se reproducen las mismas necesidades; cada dia debemos contar con la llegada del heno, la cebada, la harina, etc., lo que constituye si se quiere la

parte prosáica, aunque también la mas indispensable de la guerra. Sin víveres no hay soldados robustos y vigorosos, y de consiguiente no hay victoria posible. Yo he oido muchas veces ensalzar tales ó cuales hechos de guerra, y no se oye apenas hablar de los pobres que tanto trabajan por proporcionar á la tropa lo necesario. Esto á mis ojos es una injusticia.

Las tropas, algunos dias despues de su llegada, se establecieron en el campo de Franka, ocho kilómetros de la ciudad, sobre una magnífica llanura escogida por el general Canrobet. Allí abunda el agua y la mada. Cada dia tienen rugar revistas y maniobras que familiarizan al soldado con la fatiga preparándole para el combate. Todos están animados del mejor es-



Embarcacion conduciendo los bachi-buzuks de Scutari á Constantinopla.

píritu, y nada desean tanto como lo que ellos llaman el *dia de fiesta*. Hasta ahora no ha habido para los impacientes soldados mas que preliminares algunas veces fastidiosos; pero ellos esperan indemnizarse en la primera ocasion que tengan de medir sus armas. Llenos de alegría, prometen mucho, y no dudo que cumplirán todo lo que prometen.

La concentracion de las tropas se verifica rápidamente. Está ya reunida la 1ª division; la 3ª es decir la de S. A. I. despues de haber sido revistada el 16 en Constantinopla por el Sultan, se ha embarcado con direccion á este punto. El príncipe debe llegar aquí de un momento á otro, y con él los regimientos que completarán su division. La cuarta division se nos reunirá por el mar, y la segunda no



Iman bendiciendo la partida de los bachi-buzuks en Constantinopla.

debe tardar en venir, con su general Bosquet, que está en camino desde el 5 de junio que salió de Gallipoli.

Las tropas inglesas forman ya un efectivo de 20,000 hombres. Hemos podido admirar el buen estado y condiciones físicas de los guardias escoceses, así como los soberbios caballos de los húsares y de la artillería. Escuso decir que reina entre los franceses y los ingleses la mas estrecha cordialidad.

Al lado de estas tropas tan brillantemente equipadas, el ejército turco parece eclipsarse completamente; pero la experiencia ha demostrado que si los

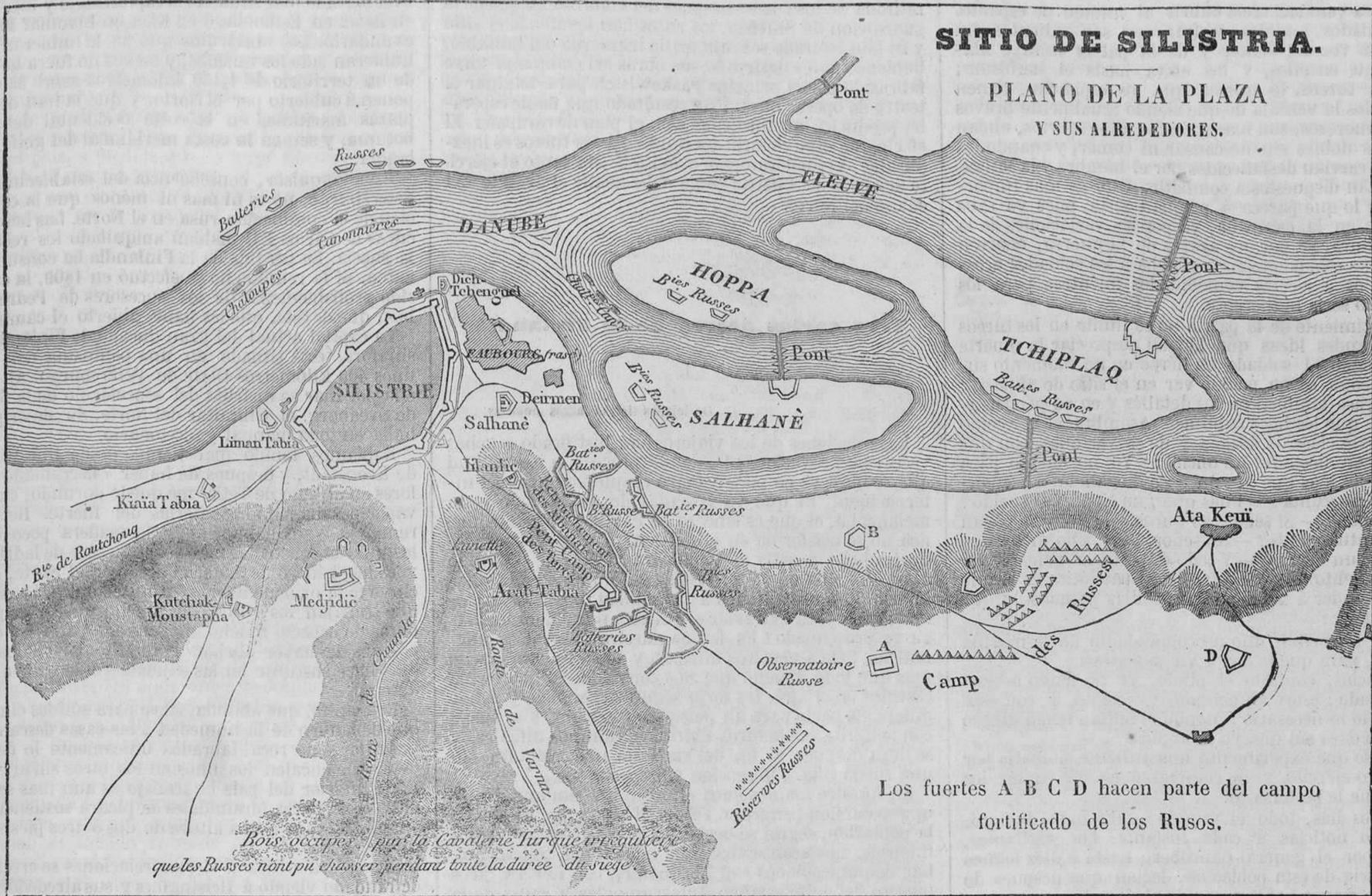


Campamento de los bachi-buzuks, en los subterráneos de Varna.

turcos no pueden rivalizar con los soldados ingleses y franceses en una parada, tienen muchas ventajas sobre ellos para el combate. En efecto; cada soldado musulman, considerado aisladamente, mal vestido, mal calzado, no teniendo ese aparato exterior que caracteriza al guerrero de nuestros dias, hace sombra al cuadro; pero en masa y en la pelea cambian las condiciones, y el golpe de vista no tiene nada de chocante. Esos mismos hombres que vemos casi miserables, que solo comen un poco de galleta al dia, esos hombres tan mal vestidos, pero animados del amor

SITIO DE SILISTRIA.

PLANO DE LA PLAZA Y SUS ALREDEDORES.



Los fuertes A B C D hacen parte del campo fortificado de los Rusos.



Bivac del 3º batallón de cazadores del ejército francés en Andrinópolis.

de la patria son los que hasta ahora, por sus propios esfuerzos, sin ayuda de nadie, han tenido en jaque y derrotado repetidas veces al ejército moscovita, que en su loca vanidad creía cubrir al mundo de espanto. Los soldados ingleses y franceses son valientes sin duda, la voz del honor y de la patria influye mágicamente en ellos, y los eleva hasta el heroísmo; pero los turcos, lo mismo que los españoles, tienen sobre ellos la ventaja de que siendo igualmente bravos y pundonorosos, son más sufridos, más sobrios, andan jornadas dobles sin descansar ni comer, y cuando los otros se caerían desfallecidos por el hambre y la fatiga, ellos están dispuestos a combatir. Esto es más importante de lo que parece a primera vista, pues ya sabe Vd. que en la campaña, ya por las variaciones de la temperatura, ya por los azares de la guerra, ocurren vicisitudes que pondrían a prueba a los soldados acostumbrados a ciertas comodidades mientras para los otros todo sería indiferente.

El sentimiento de la patria no se limita en los turcos a las grandes ideas que harían despreciar la muerte convirtiéndolo al soldado en héroe en un momento supremo, como se ha podido ver en el sitio de Silistria: encuéntrase también en los detalles y en su persistencia en lo que les hace sublimes. Asombra el ver como sufren toda clase de fatigas y de privaciones, con qué resignación dice aquí un oficial: «Yo no cuento para vivir al día más que con un poco de galleta.» Y cuando se le pregunta: — Pues qué ¿no tiene Vd. sueldo? El responde: — Sí señor, 28 duros. — ¿Pero le pagan á Vd. puntualmente? — No señor, hace ocho meses que no recibo un cuarto. — Y todo esto sin la menor señal de descontento. En fin esta virtud patriótica es la que hizo responder á un piloto turco días pasados lo que voy á referir:

— Voy á escribir, dijo un comandante de la marina francesa, para que le den á Vd. sus atrasos.

— Gracias, contestó el piloto, yo no tengo necesidad de nada; estoy alimentado y vestido, y con esto tengo todo lo necesario: cuando el Sultán tenga dinero ya me lo dará sin que yo se lo pida.

Confieso que experimento una ardiente simpatía por este bravo ejército, y me complace en oír contar los hechos que le pertenecen.

Hace dos días, todo el mundo estaba inquieto aquí, esperando noticias á cada instante. Los vigilantes, puestos por el general Canrobert, hasta á diez leguas de distancia de esta población, decían que después de un vivo cañoneo había sucedido el silencio, lo que hacía suponer la rendición de Silistria; pero nada de eso; al contrario, después de sufrir el fuego de las baterías rusas, los turcos salieron impetuosamente y se apoderaron de los cañones enemigos.

Nueva página gloriosa que debe añadirse á la historia de este valiente ejército. Relaciones de cuya exactitud no podemos dudar, presentan la guarnición de Silistria bajo el mejor aspecto moral. Los heroicos defensores de Arab-Tabia se han abierto nichos en la tierra, y allí esperan á que el enemigo se presente. Los unos fuman ó descansan, los otros velan, y en el momento decisivo, todos impasibles ofrecen á los sitiadores sus parapetos guarnecidos de fusiles. Economizan la pólvora todo lo que pueden, y así como los buenos cazadores se abstienen de descargar sus armas hasta que el tiro es seguro.

El famoso cosaco ruso irregular de quien tanto nos ocupábamos antes y á quien pintaba el *Charivari* últimamente como un sér inhumano, aunque fácil de domesticar, es hoy un mito. Apenas se le encuentra en ninguna parte; ya no es él quien explora el país y saquea los pueblos; en fin, el verdadero cosaco es un tipo perdido; pero este tipo ha sido reemplazado entre los turcos por los bachi-buruks (cabezas destornilladas) reunión de hombres aventureros cuyos trajes y fisonomías soy muy á propósito para inspirar horror. Los bachi-buruks constituyen un cuerpo irregular de caballería turca; pertenecen á todos los países del imperio de todos los países musulmanes; hay entre ellos turcos del Asia, kurdos de Tcherekess, egipcios, tripolitanos, tunisienses y hasta árabes de Argel y de los Kabilas. Cada uno de estos pueblos con su traje particular forma grupos de los más variados y pintorescos que Vd. puede imaginar. Son hombres dispuestos siempre á la guerra por el deseo de enriquecerse, y bien lo dan á entender por su aspecto, pues se les tomaría por bandidos del célebre Salvador Rosa. Sin disciplina, aunque obedientes al jefe que ellos mismos eligen, sin sueldo, y por consiguiente sin medios de existencia, estos soldados viven del merodeo. Todo el país que han recorrido entre los puntos fortificados de los turcos y las avanzadas de los rusos han sido devastados. Pero estos hombres son sin embargo susceptibles de disciplina, y no dudo que con buenos jefes y un sueldo que les ponga al abrigo de la necesidad, podría formarse un cuerpo regular que prestaría grandes servicios. Este es lo que se ha propuesto conseguir el general Yusuf. Los bachi-buruks vienen á constituirse á Varna. Ya han llegado unos doscientos de la vanguardia, y no tardarán en llegar los restantes hasta el número de cuatro mil hombres. Se trata de darles ración de pan y de cebada, además de un franco diario. Con estos medios proveerán todas sus necesidades y á las de sus caballos.

Se repite de Vd. afectísimo S. S.

F. Q.

P. D. El príncipe Napoleon acaba de desembarcar, y ha ido con su división á establecerse en el campo de

Franka. El general Saint-Arnaud ha llegado con su estado mayor.

Un correo nos ha traído de Schumla la noticia de la retirada de los rusos. Después del vigoroso ataque de la guarnición de Silistria, los rusos han levantado el sitio y se han retirado sobre la orilla izquierda del Danubio, habiendo antes destruido sus obras así como una torre fabricada por el príncipe Paskewitch para dominar el teatro de operaciones. Este resultado que nadie esperaba producirá modificaciones en el plan de campaña. El efecto que esta victoria ha causado á los turcos es inefable. Verdaderamente el éxito honra tanto al ejército defensor de Silistria como debe abatir el orgullo del coloso del Norte.

Tres cartas acerca de la Finlandia

I.

De lejanas tierras largas mentiras.

Las relaciones de los viajeros han justificado muchas veces este proverbio. ¿De dónde procede la inexactitud que se observa en ellos? Claro es que no puede ser internacional. El que ve las cosas sin entusiasmo y sin melancolía, el que es sincero en el rincón de su chimenea no se transforma en embustero por haberse encasquetado la gorilla de viaje para correr por el mundo á pié ó en silla de posta. ¿No se deberá quizá á la imaginación que se anticipa á la realidad, cuyas decepciones sirven para extraviar el juicio á pesar del que juzga ya preocupado? Es ley de nuestra naturaleza atribuirnos todo á nosotros mismos, y no considerar bueno más que todo aquello que nos conviene. El que forma castillos en el aire, los forja según su fantasía y donde quiere. Se parte para un país poco conocido, y se sueña con peligros, encuentros extraños, caminos difíciles, y se llega después al fin del viaje sin una aventura, sin una rueda rota. ¡Decepción y despecho!

En nuestra mano estaba el creer que emprendíamos una excursión peligrosa. Ya por él cólera que diezaba la población, según se decía, ya por la *barbarie* de los fineses, nos aconsejaban que hicieramos testamento. Las comunicaciones con Helsingfors, con Revel y otros puertos del golfo estaban interrumpidas á causa de la enfermedad reinante; arriesgábamos el morir de hambre en los caminos, el rompernos los huesos en los vehículos del país, en fin, si resistíamos su traqueteo, debíamos volcar por fuerza en un horrible precipicio.

Pues bien, al llegar á Helsingfors hemos hallado la ciudad en buen estado sanitario: el cónsul de los Estados Unidos nos ha proporcionado amablemente un carruaje cómodo y un conductor que hablaba la lengua del país; no hemos temido un solo instante por nuestros días, habiendo caminado sin parar unos seis ó setecientos verstes (1) por carreteras regulares, guarnecidas de guardacantones en los puntos necesarios. Del cólera solo oímos hablar á un médico alemán en la parada de postas de Nybus. Este caballero nos dijo que viajaba por dedicarse á curar el cólera morbo. Por esta razón pretendía que se le cediera el único cuarto habitable de la posada, que nosotros ocupábamos. Como insistía mucho, le dimos con la puerta en las narices, y esta es la más terrible aventura que nos ha acontecido en aquel pueblo salvaje.

Véase, pues, como no tratamos de dar moneda falsa. Que no teman nuestros lectores ningún abuso de descripción; pero á pesar de este prosaísmo estamos muy lejos de arrepentirnos de nuestra expedición. En Finlandia hemos visto casi lo contrario de lo que aguardábamos ver: habitantes más notables que su país, una naturaleza moral más interesante y más original que la física.

Cuando se ven los recursos relativamente considerables de la Finlandia, y se observa su posición geográfica, se dan tentaciones de disculpar la fundación de Petersburgo por Pedro I. Todos convienen en que la Rusia necesitaba entrando en el movimiento político europeo una plaza marítima que no fuera Arkangel, situada cerca del círculo polar; pero es manía de extranjeros y aun de rusos afirmar que se debía haber elegido otro punto, dado caso que fuera posible. Considerando solamente el suelo circunvecino, vasto y estéril pantano, helado siete meses del año, y el clima, que es de los más crudos del globo, un animal tan friolero como el hombre tiene razón para desear otra cosa, aunque no fuera más que... Constantinopla. Entretanto hay que reconocer que no ha habido error ni imprevision.

Tres años después del desastre de Narva, seis años antes de la victoria de Pultava, Pedro echa los cimientos de su nueva capital, y la establece á algunos verstes del Sud-Oeste de la Finlandia, perteneciente á la Suecia desde la paz de Stolbova en 1617. Desde 1710, Kronstadt afianza la defensa de la nueva ciudad por el lado del golfo; el mismo año, Viborg, capital de la Carelia, se agrega á la conquista. Es propio de los hombres superiores el ver pronto y aprovechar el tiempo. Pedro no aguardó para crear una marina á que los tratados le dieran la posesión definitiva de la Esthonia y de la Livonia, que no tuvo lugar hasta 1721. La proximidad de una ciudad, asiento del gobierno, ¿no debía

(1) La diferencia con el kilómetro no es importante.

producir un día ú otro la sumisión de un territorio cuyas llaves tenía por mar y tierra? La preocupación de la Rusia es avanzar y consolidarse en el Sud; ¿habría logrado más situando la capital siglo y medio hacia en Revel en Esthonia, ó en Riga en Livonia? Bien lícito es dudarlo. Los obstáculos que se le hubieran opuesto hubieran sido los mismos, y tal vez no fuera hoy dueña de un territorio de 1,150 kilómetros sobre 550, que la ponen á cubierto por el Norte, y que la han dado doce plazas marítimas en la costa occidental del golfo de Bothnia, y seis en la costa meridional del golfo de Finlandia.

Esta conquista, consecuencia del establecimiento de Petersburgo, no es ni más ni menos que la consagración de la dominación rusa en el Norte. Las heroicas locuras de Carlos XII habían aniquilado los recursos de la Suecia. La pérdida de la Finlandia ha consumado su ruina. Si la reunión no se efectuó en 1809, la culpa ha sido probablemente de los sucesores de Pedro I, más bien que de este, que les había abierto el camino.

La capital actual del gran ducado de Finlandia, Helsingfors, está situada en una península del golfo á unos 400 kilómetros Oeste de Petersburgo. Al llegar á ella por mar se disfruta del espectáculo de la fortaleza de Sveaborg, el Gibraltar del Norte. Su descripción se halla en todo manual y diccionario.

Habíamos tenido mal tiempo desde nuestra salida de Kronstadt, y después de haber «derramado mis dolores en el seno de Tetis, me quedé dormido, cuando el vapor pasaba bajo las baterías del fuerte. Helsingfors renuncia á sus habitaciones de madera poco á poco: las nuevas construcciones deben de ser de ladrillos revocados, género de material usado en el Norte, que excluye toda ornamentación arquitectónica. La madera, que trabajan los rusos con mucho gusto, se presta á obras de aspecto mucho más agradable (1), y que son además de mayor abrigo. Pero el temor de los incendios hace sustituir en las ciudades el ladrillo á la madera (2).

El granito, que abunda, sirve para sólidos cimientos, que defienden de la humedad: las casas descansan sobre sillares de roca, labrados únicamente lo necesario para que encajen los unos en los otros sin argamasa. En lo interior del país el trabajo es aun más sencillo: dos ó tres pilares piramidales de piedra sostienen en los ángulos la casa á una altura de dos ó tres piés sobre el nivel del suelo.

Si se diera crédito á ciertas relaciones se creería uno defraudado viendo á Helsingfors y sus alrededores. Las calles parecían solitarias, la campiña triste, la vegetación poco variada y pobre; las fortificaciones de granito de carácter imponente, no serían más que gruesos guijarros: aparecería mezquino el establecimiento de los baños de mar, el parque próximo y el jardín botánico al extremo opuesto de la ciudad. Pero al examinar la naturaleza se deben considerar los esfuerzos hechos por el hombre. En aquellas frías regiones es un beneficio lo que no sería bastante bajo otro cielo. Su verdadera belleza es el invierno con sus rigores y su desolación, es la nieve que nivela las colinas y los valles; es el Norte que silba sobre los lagos helados y los pinos. Seamos justos: el hombre ha hecho allí lo que ha podido; los goces efímeros que se ha procurado son más preciosos para él y doblan su valor porque los va á perder muy pronto, y el sentimiento de su pasajera existencia les presta un encanto que no tendrían siendo permanentes.

Importante por su población de 15 á 16,000 habitantes, por la residencia del Senado de Finlandia, por la bondad de su puerto, Helsingfors es además una ciudad de cultivo intelectual. Su célebre universidad tiene 22 profesores elegidos por un consistorio; uno nombrado por el emperador para enseñar la lengua, la historia y la literatura rusa, y unos setecientos estudiantes divididos en diferentes naciones. Posee un observatorio, una biblioteca de 70,000 volúmenes, un gabinete de física, un museo de historia natural, un laboratorio de química todo enriquecido con buenos instrumentos y colecciones. En 1816, el gran duque Nicolás fue nombrado por su hermano el emperador canciller de la universidad, que estaba entonces en Abo, y que fue

(1) En los alrededores de Petersburgo y las islas formadas por el Neva, hay casas de campo que son modelos de elegancia. Nada igualaría la belleza de ciertas noches en aquel país á fines de junio y principios de julio, cuando el sol no se oculta más que tres horas, cuando la luz del crepúsculo es tan dulce como la de la luna, si una humedad penetrante y un aire áspero y duro no recordara que aquellas aguas tan tranquilas vienen de un pozo de hielo, que todas aquellas maravillosas villas, llenas de ruidos alegres, de claridad y flores, solo resplandecen algunas semanas bajo el 50 grado de latitud Norte.

(2) Uno de los servicios públicos mejor organizados en Rusia es el de los bomberos. En todos los cuarteles de una ciudad hay una torre con un centinela perpetuo en ella. Al primer indicio de fuego, un globo, negro de día, iluminado interiormente de noche por una luz que varía según la intensidad del fuego, se ostenta en una barra de hierro que corona la torre. A esta señal acuden los bomberos. Gracias á la construcción de los caloríferos y á la obligación de limpiar los tubos semanalmente, los incendios no son tan frecuentes en un país donde hay un horno en cada habitación por espacio de siete ú ocho meses.

Cuando el fuego invade casas de madera agrupadas, el hacha procura aislarlas. A pesar de todo, en 1849 presenciamos un incendio en Moscu, que devoró en menos de dos horas más de 60 casas, convirtiéndoles en carbones encendidos.

trasladada á causa de un incendio, en 1827, á Helsingfors. Ahora es canceller del gran duque heredero Alejandro Nicolaiewitz.

Helsingfors, centro intelectual de la nacionalidad finlandesa, conserva mas bien el sello de la dominacion sueca que el de la rusa. El francés se habla allí mas que el ruso; en el trato comun se mezclan el alemán, el sueco, el finense. El teatro lo ocupa por lo comun una compañía sueca.

El traje del pueblo no es ruso: hombres y mujeres se visten á la europea. ¡Cosa singular! conforme se penetra en el país, á medida que la raza finense se desprende de toda mezcla extranjera, el traje nacional desaparece; y por el contrario, en Viborg, la conquista mas antigua y por consiguiente mas *rusificada* de la Finlandia, el traje finense reaparece con toda su originalidad primitiva. Se diría que esta raza tan resignada y sumisa no puede renunciar á su nacionalidad. Aquí conserva sus costumbres, allí el vestido de sus antepasados; en todas partes su idioma y su carácter.

No sin objeto escribimos estas palabras: raza y nacionalidad finense. A pesar de su debilidad numérica (1), ofrece asunto para un estudio grave y curioso. Privada siempre de iniciativa política y de espíritu invasor, expulsada y arruinada sucesivamente por pueblos guerreros hasta el último límite, fatalmente destinada para ser vencida, ella ha conservado una fisonomía distinta y viva que ha resistido á la conquista; ella ha levantado un monumento poético, vasta epopeya, llamada la *Kalewala*, y creado una mitología, esencialmente diferente de la mitología escandinava.

Diversas opiniones se han emitido acerca de su origen. Muchos sabios llaman á los finenses los mas antiguos habitantes del Norte. Los rusos, que los llaman *tchondes*, les atribuyen un origen germánico ó escítico. Klapproth y Humboldt les dan por cuna los montes Urales, desde donde se habian extendido al Este y el Oeste. Otros los hacen descendientes de las nueve tribus de Israel, trasportadas 718 años antes de Jesucristo de Samaria á la Asiria, mas allí del Eufrates, por Salmanacar. Esto se funda en algunas semejanzas de la lengua israelita y la finense, en ciertos caracteres físicos, y en ciertas relaciones morales y religiosas, comunes á los antiguos hebreos y lapones, indicadas por el misionero Canuse Leems. « Los lapones tienen los cabellos negros y son de corta estatura como los judíos; los lapones descansaban el sábado antes de la introduccion del cristianismo; como los judíos comian parte de lo que sacrificaban; como estos, los lapones varones preparaban los alimentos para las comidas. »

Estas semejanzas son notables, pero no establecen el parentesco de los lapones y los finenses, parentesco que los últimos rechazan y que los primeros aceptan con igual ardor. Otras analogías hay que no se pueden desdenar: la de las lenguas finense y lapona, y el mismo nombre dado por los dos pueblos al país que habitan: *Suomi*, *Suomanmaar*, de *suo*, *pantano*. M. Leon Leduc, que ha escrito un buen libro sobre la Rusia y la Finlandia, observa que la palabra alemana *fenni*, empleada por Tácito, y el término escandinavo *fimar*, designan indistintamente á los finenses y á los lapones.

La opinion mas acreditada es la que considera á los finenses originarios del Asia septentrional, admitiendo que en época muy remota, quizá en tiempo de Ciro (536 á 530 años antes de nuestra era) ocupaban las vastas regiones que se extienden desde el Vistula y los montes Krapacks al Volga. Adoptando este sistema y esta antigüedad, hay que rechazar su identidad con los hunos, cuya aparicion en Europa tiene una fecha cierta y muy posterior. Aparte la frenología, es muy difícil suponer á los finenses, que nunca han sido conquistadores, el mismo pueblo que el de los feroces compañeros de Atila, los terribles devastadores del mundo.

Los hunos, segun Deguignes, eran los mismos que los *nioung nou*, de origen asiático y de raza mongol, procedentes del Norte, del desierto de Kobi, inmensa estepa del Asia central, al Norte del Thibet y de la China. Los nioung-nou conquistaron la China 210 años antes de Jesucristo, á pesar de la muralla levantada contra sus invasiones. Arrojadados del Celeste Imperio 140 á 150 años despues, devorados por la guerra civil y el hambre, salieron de sus estepas á principios del siglo IV, y se dividieron en dos cuerpos, dirigiéndose el uno hácia el Oxus (hoy el Djihoun), al Este del mar Caspio, tomando el título de *Hunos blancos*; el otro hácia el Cáucaso, y de allí á Occidente. Los primeros, segun Deguignes, Abel Remusat, Balbi, etc., son el tronco de los turcos. Sus huellas se pierden en el IV siglo, y reaparecen en el siguiente. Incorporados mas tarde con las hordas de Gengis-Khan, se llamaron tártaros (2).

Los segundos, que son mas conocidos, establecieron su dominacion en los países ocupados por los godos, de los cuales una parte, los visigodos (godos de Occidente) desbordó sobre el imperio romano, y la otra, los ostrogodos (godos del Oriente), sufrió su yugo.

El poder de los hunos, fundado en 376, acabó con Atila en 453. En la época de su emigracion, la raza finense habia retrocedido ya ante los godos: aliada de

los hunos, se rebeló contra los primeros invasores, y las razas finense y húnica se mezclaron.

Si los finenses de Finlandia (1) no quieren admitir el parentesco con los lapones y otra nacion, los magyares, considerándolos como un pueblo degradado, se rebelan contra la idea de un origen comun. Sus instintos belicosos les hacen preferir una alianza con los turcos. Es verdad que los historiadores los confunden con estos últimos y con los turcos, que escriben indiferentemente *hunos*, *úngaros*, *turcos*, y que los contemplan como procedentes de la union de los hunos y de los avaros, opinion confirmada por antiguas crónicas.

La Hungría actual era la Dacia oriental y la Panonia septentrional de los antiguos. Ocupada en el siglo III por los godos, pasó á la dominacion de los hunos y los avaros, sus aliados en 376. De estos dos nombres hunos y avaros se formó el nombre de *Hungaria*, *Hungría*. El poder de los avaros subsistió hasta 799 en que fué destruido por Carlomagno. En 894 los magyares, de raza húnica, tribu establecida en el siglo VII entre el Don y el Dnieper, invadieron la Hungría al mando de Arpad, que se alió con los emperadores de Alemania, sometió los pueblos que se disputaban la supremacia, y dió su nombre á una dinastía que ocupó el trono en la persona de San Esteban I (997), y que acabó por Andrés III (1301).

La semejanza entre el idioma turco y el húngaro ó magyar se observa entre este último y el finense. En los dos idiomas, las vocales tienen el mismo sonido y las terminaciones la misma fonología, y el carácter de la lengua finense de no empezar una palabra por mas de una consonante se encuentra en la lengua húngara.

No pretendemos desenredar esta madeja de cuestiones oscuras. Lo que resulta de todo esto es que parece moralmente imposible que una raza pacífica, dedicada siempre al cultivo de la tierra, haya dado origen á pueblos que han vivido de la guerra, ó bien que descienda de ellos. No sabemos en que época se han compuesto las *runas* que forman la *Kalewala* (2); pero si son posteriores á la emigracion finense hácia el Norte (y de esto no se puede dudar, vista la confusion de ideas cristianas y mitológicas que encierra (3), nada da lugar par adeducir que la raza finense haya sido anteriormente tan bárbara como las que la han poseído sucesivamente. Todo hace creer, por el contrario, que un pueblo cultivador era intelectualmente tan superior á las hordas nómadas como era inferior á estas en el campo de batalla. ¿Y hacerlos moralmente superiores á los hunos, los turcos y los avaros, no es lisonjear á los finenses? ¿No se puede admitir que la raza finense, mejor dotada que las otras, ha depositado en sus idiomas mas rústicos todavía y mas pobres por consiguiente, gérmenes que se han perpetuado y que han contribuido quizá á su formacion?

Pero dejando esto á un lado, partamos para Tavastheus, para la region mas fértil y pintoresca de la Finlandia. El carruaje está preparado, las bolsas y cofres llenas de provisiones líquidas y sólidas, sobre todo de pan, el *vademecum* del occidental, que no capitula fácilmente con las galletas de harina y de paja que son las *michas* del campesino finense. Partamos, el conductor aguarda. Me equivoco: está en su puesto, no aguarda. Esta especie de *androide* que se mueve mecánicamente al rededor de los caballos, este autómatas es el honrado y flemático *blumdgwist*. Comparado con él, la tortuga es un animal fogoso. Poco le importa á este buen sueco el ganar su salario cotidiano de 75 kopecks en los caminos ó en la posada. Desde las dos, ata, desata y anuda los cabos de que se componen los arneses; así continuaria su faena hasta ponerse el sol, sin que ni él ni sus caballos dieran la menor señal de impaciencia. Sensible seria con cualquiera otro no saber el sueco ó finense, pero con *blumdgwist* el lenguaje es cosa superflua. No hay palabra que lo conmueva. El cónsul de los Estados Unidos le ha explicado ayer tarde que queriamos ir á Tavastheus, y de allí á Tammerfors; ha reflexionado toda la noche: conoce las paradas y sabe el camino: no se le pidá mas, ni se le trastorne la cabeza. La máquina está preparada, que no se la desarreple. Su nombre significa *tallo de flor*. No se adivinaria viendo sus piernas y lo que estas sostienen.

Astronomía.

— M. Petit, el director del observatorio de Tolosa en Francia, ha comunicado á los periodistas de dicha ciudad la nota siguiente: — La tierra está entrando en este momento en uno de los numerosos círculos meteoricos, cuya existencia hace años ha sido admitida por los astrónomos. Algunos de los corpúsculos planetarios, al lado de los cuales pasaremos muy pronto, son de unas dimensiones considerables. Uno de estos, por ejemplo, tan grande como el Capitolio de Tolosa, fué desviado

(1) A pesar de la analogía entre estas palabras *finense* y *finlandia*, se puede preguntar porqué los habitantes de la Finlandia no se llaman ó repugnan el ser llamados *filandeses*.

(2) Los cantos de la *Kalewala* han sido recopilados desde 1828 á 1835 por M. Lonnrot, de boca de los paisanos en la Finlandia y en el gobierno de Arkhangel, donde se han conservado por transmision oral. Los autores de los cantos de la *Kalewala* no son conocidos. Se cree que la recopilacion de M. Lonnrot es auténtica.

(3) El cristianismo fué introducido en Finlandia por Erick rey de Suecia, en 1156.

de su marcha en 1807 por la accion de la tierra, y cayó en América. En otras épocas, como en los años de 1801, 1803, 1807, 1813, etc., se manifestó su curso por medio de nubes de polvo y fragmentos de piedra. Estos fenómenos excepcionales, sin embargo, no pueden producir sino unos efectos muy insignificantes en la tierra, y la intermediacion de alguna que otra pequeña estrella, á la que nos aproximamos, no debe inspirarnos ninguna alarma, pues solo puede excitar nuestra curiosidad.

— El presidente Hopkins hizo recientemente á la reunion de la sociedad británica las siguientes observaciones: El sol no puede continuar por tiempo indefinido emitiendo la misma cantidad de calor como en la actualidad, á no ser que su energia termal sea renovada por alguna fuente extraña. Esta misma conclusion puede aplicarse á todos los demás cuerpos del universo, que á semejanza de nuestro sol, pueden ser el centro de un calor intenso; y de aquí resulta que, no reconociendo una adición interna y adecuada de calor para renovar estos centros existentes de calor, ha sacado el profesor Thomson la conclusion de que la dispersion del calórico y por consiguiente de la energia física del sol y de las estrellas en el espacio que los rodea sin ningun reconocido medio de reconcentracion, es el orden existente de la naturaleza. En su consecuencia debiera por último disminuirse el calor del sol y alterarse la condicion física de la tierra, en un grado al mismo tiempo incompatible con la teoría de la no-progresion.

— El célebre instituto microscópico de Engell y compañía en la Suiza, ha vuelto á remitir á Leipsig una nueva serie de objetos microscópicos, sobre los cuales hemos ya llamado la atencion, pues hemos comunicado los juicios que sobre ellos han formado los naturalistas célebres. Forman la quinta entrega en general, y la tercera de un museo de ciencias naturales, que se compone de mas de 100 objetos de los reinos animal y vegetal, recopilados en orden sistemático. Constituyen un tesoro muy abundante de las creaciones mas hermosas de la naturaleza, con una exacta descripcion de cada objeto segun su significacion general y especial.

— Segun pretende el señor Boszhardt, el Océano Atlántico está enfermo y ocasiona por esta razon la gran mortandad que no solo reina en los buques atestados de emigrados y arrebatados frecuentemente á la quinta parte de los pasajeros, sino tambien persigue á los buques bien acondicionados. Tambien dice dicho señor que la mortandad reina entre los peces, sobre todo en el golfo Mejicano, donde se encuentran á miles muertos en la orilla del mar. En Nueva-York, situacion de los emigrados, sobre todo aquellas familias que en el tránsito han perdido al padre ó sostenedor, y sin recursos, se hallan entregadas á la desesperacion; en Nueva-York, decimos, prevalece aun la creencia general de que la acumulacion demasiado excesiva de emigrados en los buques, en particular de los que vienen de Liverpool, y la mala manutencion, son la causa de estas muertes frecuentes. Este asunto va á discutirse en el congreso de Washington, y un profundo exámen hará conocer, segun se cree, la causa, la extension y los remedios para contrarrestar estos grandes males.

El Birman.

El último correo de las Indias anunciaba que el Birman estaba agitado, que la guerra se habia convertido en guerrillas, y que el general de Orgoni, oficial francés que ha instruido las tropas birmanes, habia partido para Paris despues de haber sido nombrado en la corte de Ava *bogia*, es decir primo del emperador. Este oficial ha llegado y cuenta cosas curiosas del país que conoce tan á fondo, y nos da dibujos que interesarán, á no dudarlo, á nuestros lectores.

Mendoh-men, emperador de los birmanes, cuyo retrato damos, subió al trono el 20 de diciembre de 1832, á la edad de treinta años. Sucedió al emperador Pagham, su hermano mayor, que abdicó forzosamente por incapacidad: incapacidad que habia favorecido la invasion del Pegu por la Compañía de las Indias-Orientales. Mendoh-men descendiendo por línea directa del gran Alompra, ó Alung P'Houra, fundador en 1753 de esta dinastía, que ha reinado sin interrupcion en este vasto imperio Indo-chino.

Los rasgos característicos que el general Orgoni atribuye á Mendoh-men son: inteligencia elevada, liberalidad regia, espíritu justiciero, genio afable, piedad ilustrada, y aun cierta tendencia al catolicismo.

El príncipe Aych-men es su hermano segundo dos años mas joven que él; y aun que el emperador, tiene treinta y ocho hijos, él es el heredero presuntivo de la corona, en virtud del uso, casi generalmente establecido en Asia, que exige que el de mas edad de la familia recoja la herencia del trono. « El carácter general del príncipe, dice el citado general, se distingue por su energia y afición á la milicia, prometiendo ser hombre de terrible ejecucion. Sus enemigos hallarán en él un adversario indomable. »

Peró en todas partes se reproduce el espectáculo que nos ofrece la guerra de Oriente; el Asia se inclina ante la civilizacion del Occidente, y pide auxilio á los europeos para defenderse contra europeos. A esto debe Orgoni la brillante carrera que ha hecho en la corte de Mendoh-men, á despecho del orgullo nacional, que no admitia á los extranjeros á su servicio.

(1) El gran ducado de Finlandia comprende ocho gobiernos: Nyland, Abo, Tavastheus, San Michels, Vibor, Kuopio, Vasa y Uleaborg. Su poblacion es de 1,300,000 habitantes, de los cuales 1,260,000 profesan el luteranismo, 40,000 el rito ruso, y 1,600 la religion católica.

(2) El parentesco de los hunos y de los turcos se admite generalmente: los historiadores bizantinos pretenden unánimemente que los turcos son un pueblo húnico.



Meudoh-Men, emperador de los Birmanes.

nombre de Compañía de las Indias-Orientales gobierna cien millones de individuos, recorrió toda la superficie del Indostan, y se preparó así a la lucha que debía sostener con sus consejos y su espada contra los invasores de la India bajo el estandarte del monarca birman. Por senda tan difícil ha llegado el oficial intrépido á los honores que disfruta. Así ha ascendido á general, á mandar 40,000 hombres y á ser príncipe del imperio birman.

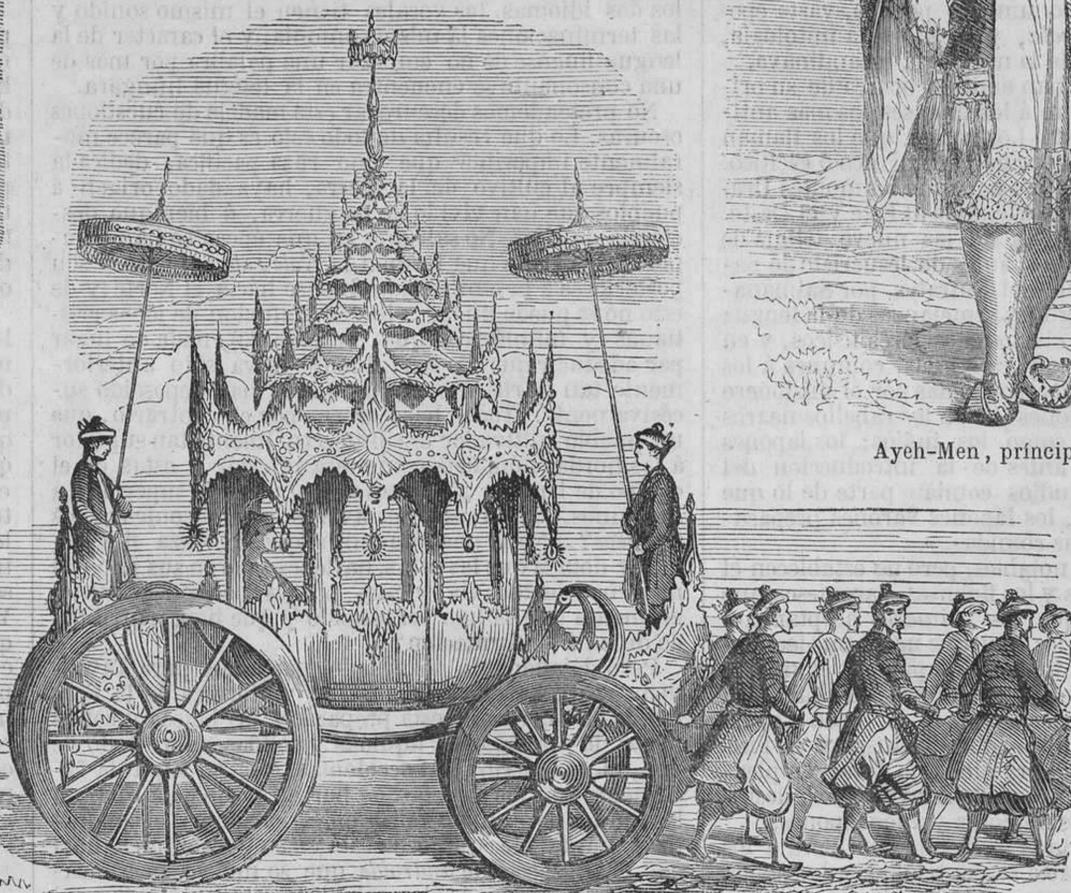
De un periódico extractamos los siguientes detalles que darán idea de los usos de la corte en que sirve el general Orgoni.

« El 4 de enero de 1854, ántes de mediodía, el general Orgoni, ó como debe llamarse ahora, Neh-Myo-ti-hi-Zeh-Ah, se dirigió al palacio del príncipe heredero, al cual se presentó en esta ocasion con la etiqueta requerida en las grandes ceremonias. Apenas llegó y fueron cambiados varios saludos respetuosos, el príncipe dió la señal para la partida del palacio de oro, y fué acompañado de un cortejo que iba en el siguiente orden: detrás del príncipe marchaban los cuatro *atawones* ó secretarios de Estado, en medio de los cuales estaba el general Orgoni, de gran uniforme. Seguían el presidente y los cincuenta consejeros del *lotto* ó tribu-



Aych-Men, príncipe heredero.

El Oriente es país de aventuras, y la vida del señor Orgoni es una historia muy novelesca. A los 22 años era capitán de caballería y caballero de dos órdenes militares; y pretendiendo estudiar sobre el terreno la organización militar de la gigantesca casa de comercio, que bajo el



Carro de ceremonia del Emperador.

glos hace que se ha dicho: « Los dioses se van (1). Pero si las instituciones

(1) Se entiende los dioses del paganismo, que caían hechos polvo ante los resplandores del cristianismo naciente, porque entonces se repetía esa sentencia. Luego se ha resucitado en estos tiempos la fórmula, y se ha dicho « los reyes se van. »



El general Orgoni, príncipe del imperio.

nal supremo de justicia. Por fin detrás de ellos se agrupaban muchos cortesanos y secretarios imperiales de todas categorías. Cuando el acompañamiento llegó al salón del palacio de oro, el general con sus intérpretes y su escolta debió, según la etiqueta, esperar un cuarto de hora para que el emperador lo mandara llamar por medio del maestro de ceremonias.

Cruzó varios apartamentos que conducían al salón del trono en medio de dos filas de oficiales, cuyos vestidos y espadas de oro deslumbraban la vista. Su Majestad estaba sentado en una especie de trono de apariencia magnífica, hallábase rodeado de los príncipes, ministros y dignatarios del reino. Después de las cortesías de costumbre, el general ocupó el lugar destinado para él, inmediato al príncipe heredero. Sucedieron cinco minutos de silencio. En seguida le dijo el emperador con palabras benévolas que iba á recibir un título que no había poseído en su corte ningún europeo.

Un secretario leyó en alta voz un edicto que explicaba las razones que tenía S. M. para esta promoción, y detalló los honores y la autoridad anexos á esta dignidad. Concluida la lectura, un heraldo pronunció con toda la fuerza de sus pulmones en medio del salón las siguientes palabras: ¡Orgoni! ¡Neh-Myo-ti-hi-Zeh-Ah! lo cual, en *pali*, ó lengua clásica, significan: ¡Orgoni! ¡primo del emperador, hombre de bello aspecto, general de la victoria! Estas palabras del heraldo fueron repetidas en coro por los circunstantes, y de sala en sala por todos los oficiales, y llegó el eco á la plaza del palacio, donde había tropa formada.

Tres copas de oro, llenas de plata pura, símbolo de poderío y riqueza, fueron presentadas al general, y así terminó la solemnidad.

El emperador se retiró, y el general partió acompañado por un cortejo inmenso de oficiales de todos grados y de cortesanos.

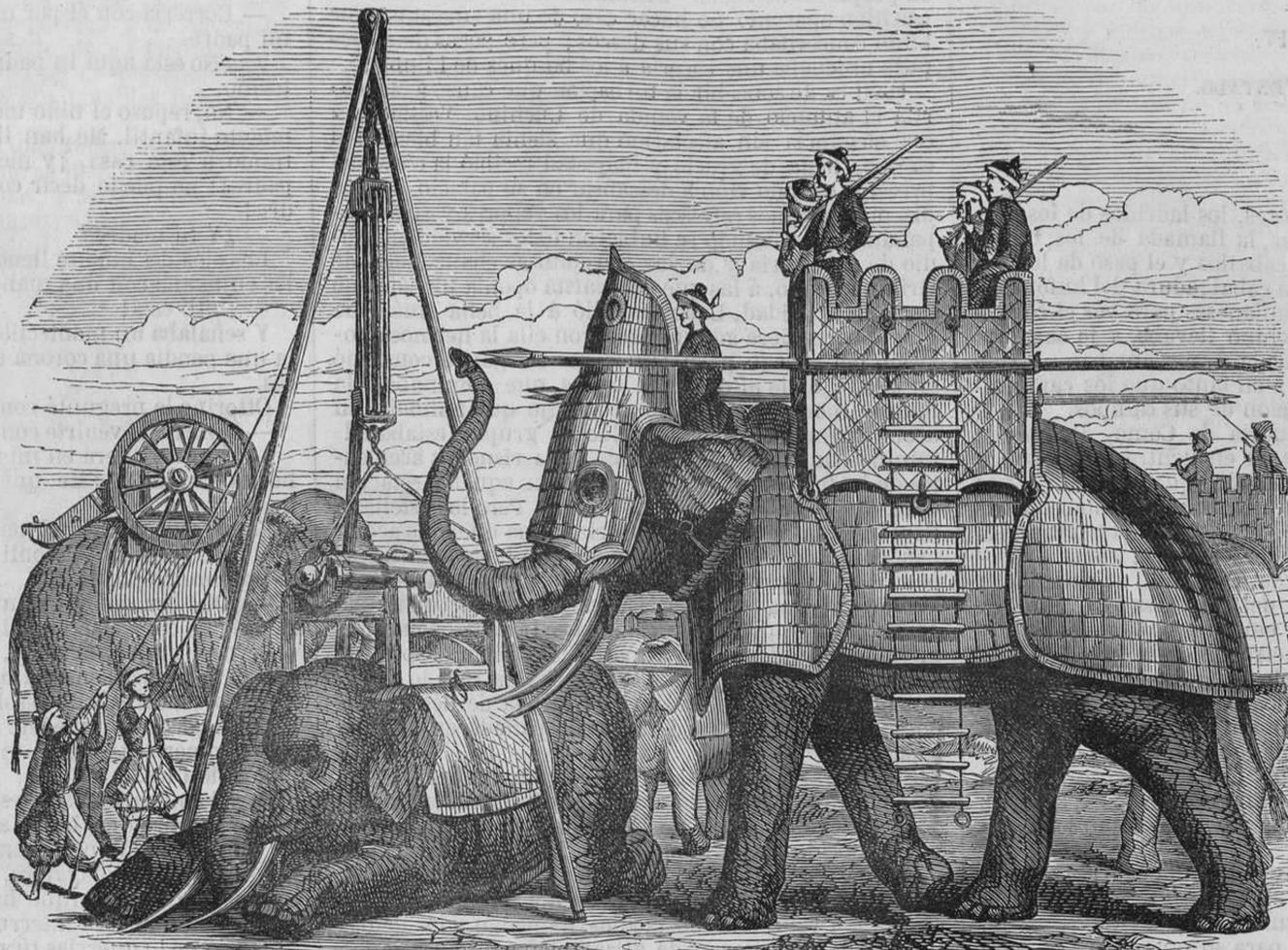
Pero aun quedaba una formalidad por llenar. Por respeto á un uso antiguo, el nuevo miembro de la familia imperial debía dirigirse con gran séquito al palacio del elefante blanco. Parece que este augusto personaje está lejos de ser tan seriamente venerado como suponen gentes que no han tenido la honra de acercarse. Pero quizá esta es cuestión de fechas. Muchos si-



Mong-Wya-Toun, jefe de las grandes guerras.

caen, las fórmulas sobreviven. Por eso, aunque no fuera muy venerado, el elefante había sido cubierto con sus magníficos caparazones para recibir el nuevo príncipe. El inteligente animal desempeñó su papel con mucha dignidad, entregando él mismo al príncipe, creado aquel día, su pequeña estatua de plata.

El cuarto retrato es el de Mong-Wya-Toun, antes gobernador del distrito de Donayo, y ahora comandante general de las guerrillas del gran Delta del Irruady. Es una de esas naturalezas sencillas y pacíficas que los sucesos sacan de la oscuridad. Ha sido necesaria la guerra del gobierno de la India inglesa contra los birmanes para desarrollar la inteligencia y el valor de este intrépido caudillo. Este adicto servidor del monarca de



Elefantes de guerra, equipados según el sistema del general Orgoni.

los pies de oro ha combatido con gloria contra los soldados de la Compañía, y su nombre figura con frecuencia en los diarios de la India.

El quinto grabado representa el carro imperial.

Los elefantes, que ofrecemos á la vista del lector, van armados para ser montados por soldados y para trasportar la artillería con arreglo al sistema y bajo el mando del general Orgoni.

La torre y la armadura defensiva del primer elefante son de hierro cubiertas con pieles de búfalo á prueba de bala. Los mosqueteros se encaraman por la cuerda que cae por el costado del animal. La escalera se recoge en seguida. Las lanzas, colocadas horizontalmente, se manejan solo en medio de la pelea, y reemplazan á la carabina cuando desordenan los ele-



Ciudad de Rangoun.

fantes la primera fila.

Sobre los otros elefantes se ve como se trasportan á lomo cañones de grueso calibre, que se ponen fácilmente en batería, un elefante lleva el aparato necesario para montar y desmontar una batería de ocho cañones.

El dibujo de la ciudad de Rangoun ó por mejor decir Yangoun, tiene tanto mas interés cuanto que esta ciudad no existe casi. Fundada por Alompra en 1753, esta populosa ciudad ha sido incendiada en abril de 1852 por orden de Moh-Nok, gobernador y virrey de la provincia, para que no cayera en poder del ejército inglés. Ahora Rangoun no es apénas mas que un desierto. Sus 80,000 habitantes se han retirado á lo interior del imperio, para vivir á la



Músicos y danzantes birmanes.

sombra y bajo el dominio de sus jefes.

A lo léjos se ve Shoe-Dagon, la antigua, la célebre y la mas venerada pagoda de la Indo-China. Los birmanes hacen remontar su origen á la época de la primera trasmigracion del dios Godama ó Gautamas, adorado en la isla de Ceylan bajo el nombre de Buddha, fundador del buddismo, que se ha conservado puro en el imperio de los birmanes, como en esta isla admirable, justamente denominada la perla de Manar.

El último grabado se explica por sí solo. Los instrumentos serpentones, flautas y oboes largos; el arpa tiene la forma de la egipcia. Los danzantes bailan como en la India; con los pies y los brazos, pero no con el cuerpo.

L. W.

MARGARITA PUSTERLA.

IV.

EL ATENTADO.

- ¡Alerta!
- ¡Toma!
- ¡Sigue!
- ¡Suelta!

Estos gritos de los cazadores, los ladridos de los perros, el ruido de las cornetas, la llamada de los halcones, las herraduras de los caballos y el paso de los palafreneros, el rebuzno de la cabalgadura del bufon Grillincervello, atraía á los milaneses para ver el cortejo numeroso que el señor Luchino llevaba á la caza por la puerta de Como. Los ciudadanos exclamaban: «¡Qué brillante partida de caza!» en tanto que los campesinos lamentaban la devastación de sus campos.

Cuando se sale por la puerta de Como, después de una marcha de diez millas, se encuentra entre Boisio y Luniate un palacio encantador que ha recibido por la belleza de su situación el nombre de Montebello. Alzase sobre una colina, que, procedente por gradierías superpuestas de lo más alto de los Alpes, viene á perderse en la llanura lombarda. Desde allí se extiende la vista por la vasta campiña del Milanesado, sembrada de cabañas, aldeas, villas y ciudades populosas, en medio de las cuales yace la metrópoli de la Insubria, ostentando la maravillosa mole de su templo, monumento de la originalidad y del poder de los siglos de robusta fe; á la parte opuesta se admira un círculo de colinas, luego montañas soberbias que limitan el horizonte por el Levante y el Occidente. Las unas verdean con la viña y el trigo; las otras se cubren de árboles; algunas por fin se destacaban escuetas y peladas como la frente de un anciano.

Este palacio, tal como hoy existe, ha sido reedificado por los señores Crivelli en el siglo último. A fines de esa época se hizo célebre, cuando el joven Bonaparte, habiendo pasado los Alpes para subyugar la Lombardia, con el pretexto de darle la libertad, fijó su cuartel general en el palacio. Allí, al rededor del héroe, hijo de la libertad, á quien suponían dispuesto á fundar el reino de su madre, al paso que solo imaginaba como heredarla, los diputados de las repúblicas improvisadas de Italia acudían á felicitarlo de todas partes. El poder de las armas había restringido el número de sus acciones libres y aumentado el de sus obligaciones; pero con la libertad de pagar impuestos exorbitantes, él les había concedido el de plantar un árbol en sus plazas, en torno del cual podían danzar, reír y cantar, hasta que le acomodase á algun oficial de mal humor el imponerles silencio. Bonaparte se mofaba en su villa de estas demostraciones; se burlaba de la sinceridad de los pocos, y se servía de la astucia de la mayoría; entretanto negociaba con Venecia, y se disponía á subir al trono, cuyo camino le abrieron aquellos que después de haber derribado una dinastía, habían anunciado al mundo el fin de los reyes, la era de la igualdad y de la libertad.

No te asustes, benévolo lector, no temas que trace el cuadro de las vicisitudes que llevaron la Italia de la tiranía de los Visconti al despotismo de Napoleón. Si lo he mencionado, es por una de esas digresiones tan frecuentes en nuestra narración, provocada además por el palacio de que tenemos que hablar. Poco antes de la época que nos ocupa, los Pusterla habían mandado construir este edificio para que les sirviera de villa, y habían desplegado en ella una magnificencia igual á sus riquezas. Para embellecerla se había consultado el arte del tiempo con el objeto de amenizarla cuanto era posible. Los jardines encerraban toda clase de hermosas y raras plantas; los collados estaban cubiertos de viñas, y el agua corría con profusión brotando de graciosos surtidores. Las habitaciones ofrecían todo género de comodidades sin que perdiera nada el palacio de su fuerza y solidez exterior. En los cuatro ángulos de la muralla que lo cercaba, se alzaban cuatro torres, capaces de hacer frente á uno de esos ataques imprevistos que en medio de las guerras civiles y de la flaqueza del gobierno podían venir, ó de un pueblo amotinado, ó de una banda de malhechores, ó de barones rivales.

Allí se retiró Margarita, cuando Francisco, seducido por la falsa confianza que le mostraba Luchino, había aceptado por desgracia suya la embajada despachada á Mastino de la Scala. Ni las observaciones de Buonvicino, ni las caricias de su mujer no habían podido apartarlo de recibir uno de esos encargos, que vergonzosos bajo un gobierno vergonzoso, parecen un asentimiento dado á la opresión de la patria, ni inducirlo á una retirada honrosa, protesta muda y sin peligro contra los gobiernos tiránicos.

Apenas partió, Margarita se resolvió á salir de la ciudad para evitar con el reposo del campo el disgusto de ver el triunfo de los malvados, y para buscar allí ocasiones más abundantes de hacer bien.

Ramengo de Casale interpretó ó quiso interpretar de otro modo esta retirada. Este adúlador de Luchino, de quien ya hemos tenido ocasión de hablar, se presentó en casa de los Visconti poco después de la partida á Verona de Francesco Pusterla.

— Señor, le dijo, Madama Margarita se ha retirado á Montebello. Indudablemente busca la soledad para inspirar á alguno el deseo de ir á verla y consolarla. ¿No la honraríais vos con una visita?

La mayor utilidad de los tiranos consiste en hacerse sugerir por los cortesanos los inicuos proyectos que

ellos mismos meditan, buscando así una excusa ante su propia conciencia. Disimulando sus sentimientos, Luchino aparentó no hacer caso de una sugestión que tanto concordaba con sus deseos; pero pocos días después ordenaba una cacería á los bosques de Limbiate.

Fácil es de concebir la turbación que causó á Margarita el anuncio de la venida de Luchino. Vestida con esa elegancia sin afectación que sienta tan bien en el campo, llena de gracia y majestad recibió la corte del príncipe cuando vino á descansar en su palacio. Mandó disponer algunos refrescos para los señores y su acompañamiento. Cuando se hubieron todos servido en medio de la alegría y de las estrepitosas chanzonetas de Grillincervello, á las que Margarita oponía un silencio lleno de dignidad, Luchino pidió á la bella huésped que le permitiera admirar solo con ella la hermosa posición del palacio y su situación. Margarita consintió en ello, y de lo alto de las torres que dominaban la llanura mostró á Luchino el paisaje que animaba su acompañamiento. Este, formado en grupos, estaba admirando un cielo tan saludable y los risueños accidentes de la luz y de las tierras, que en aquella estación daba nuevo brillo á todos los objetos. Pero la castellana llevaba de la mano á su Venturino; una dueña la acompañaba, y algunos criados, como para honrar al huésped, iban en pos de ellos. Luchino pudo escasamente dirigirle algunas galanterías, que ella oyó aparentando darles poca importancia, como si se tratara de cumplimientos insignificantes. Al partir, Luchino, después de elogiar el sitio y el partido que se había sacado de él, murmuró al oído de Margarita: «Sería de desear, señora, que no se viera Vd. tan acompañada en una soledad.»

El temerario creyó haber hecho comprender sus deseos; y tanto más confió cuanto que le había enamorado la benévola acogida de su hermana prima. El pudor bien conocido de la noble dama, lejos de apartarlo de sus impúdicos designios, lo excitó á perseverar en ellos, en virtud de esa inclinación del alma humana que nos estimula á vencer los obstáculos. Ramengo y los demás cortesanos no cesaron de atizar el fuego, ensalzando hasta las nubes el mérito de aquella belleza, y el gracioso recibimiento que había hecho al príncipe. Solo el bufon se atrevió á dirigir algunas epigramas á su amo sobre el errado tiro, y yo no sé cuantas otras chanzonetas que haciendo reír á Luchino, aguijoneaban su amor propio, y lo estimulaban á satisfacer su pasión.

Esta primera tentativa era como el reconocimiento de una plaza enemiga que se quiere acometer. Aun no habían trascurrido muchos días, cuando ya Luchino dispuso y volvió á Montebello con un corto número de sus confidentes. Esta nueva y desagradable visita no era inesperada. Margarita había comprendido el perverso uso que quería hacer el príncipe de la familiaridad del parentesco, de la autoridad de su rango y del esplendor de sus riquezas. El peligro crecía no para la virtud de Margarita, sino para el reposo que ella iba á perder peleando contra un atrevido, sin saber que carácter tomaría al fin la persecución de su pariente.

Un día volvía Luchino á Milan, calculando los pasos que había dado hacia el fin de sus deseos. Procuraba con la algazara y el estrépito de la marcha de su escolta hacer presumir un triunfo que todavía estaba en lontananza, y cuya hora quería anticipar inspirando la idea de que ya era cosa consumada. De repente le dice Grillincervello:

— ¡Mira, mira, señor! aquel es ciertamente uno de tus deudores.

Y le señalaba con el dedo á un joven que corría á rienda suelta, y que se lanzó por los campos apenas vió el cortejo del príncipe. Era Alpinco, que el lector recordará haber visto en el primer capítulo al lado de Pusterla; y como tendrá mucha parte en esta narración, conviene decir de él algunas palabras. Considerábase como á uno de esos desgraciados que en tiempos horrosos y desordenados no conocían á sus padres, y que había crecido como una planta en medio del desierto.

Ottorino Visconti, hermano de nuestra Margarita, había logrado en 1329 el feudo de Castelletto sobre el Tesino, y la jurisdicción del Novaris, dominio que después se incorporó en los de los Visconti de Aragona, descendientes de esta familia. Para mostrar su gratitud al emperador Luis de Baviera, que le otorgó estos favores, lo acompañó hasta Pisa. A su vuelta de esta ciudad, le ocurrió el detenerse, después de haber atravesado el Po junto á Cremona, en una cabaña de la orilla, habitada por molineros que transportaban en barcas sus molinos portátiles, donde suponían hallar buena corriente, recibiendo al paso algunos viajeros. Deseando Ottorino descansar un instante en este punto, pidió que un muchacho del molinero cuidara del caballo mientras comía un poco de yerba delante de la casa.

— No seré yo.

— Ni yo tampoco, respondieron los tímidos hijos del molinero.

Y ambos huyeron volviéndose de vez en cuando para observar al jinete y al caballo, que les parecía una peligrosa maravilla. Pero uno, que por su estatura parecía de más edad, aunque realmente solo tenía siete años, se acercó con resolución, y dijo:

— ¿Quién tiene miedo?

Y lo cogió de la rienda, lo miró, lo acarició, y se entretuvo en darle yerba en la mano, en sentir su aliento en su rostro, orgulloso con poder dominar tan grande y noble animal. Luego, con un suspiro que no era de esperar de su corta edad, exclamó:

— ¡Ojalá tuviera yo uno!

— ¿Y qué harías tú con él? le preguntó Ottorino celebrando su ingenuidad.

— Correría con él por mar y por tierra, buscando á mi padre.

— ¿No está aquí tu padre? le volvió á preguntar Ottorino.

— No, repuso el niño meneando la cabeza con sentimiento infantil. Me han llevado en la playa, me han traído á esta casa, ¡y me han criado! ¡pero no tengo padres! no puedo decir como los otros, ¡querido padre!

— ¿Y tu madre?

Los ojos del niño se llenaron de lágrimas, y mientras las enjugaba con una mano, tendía la otra, diciendo:

— ¡Allí está!

Y señalaba un montecillo coronado con una cruz, de la que pendía una corona de margaritas y claveles frescos.

Ottorino le preguntó conmovido:

— ¿Querías venirte conmigo?

— ¡Si consistiera en mí solo! Temo disgustar á esta buena familia... ¡Me quieren tanto!... Pero mi padre no está aquí.

Con efecto estos molineros se habían enamorado de este niño. Cuando Visconti les rogó que se lo dieran, el hombre respondió:

— ¡Oh! ¡su señoría es muy amable! Que parta: su señoría es demasiado amable.

Pero su mujer, la Nena, que había oído hablar mucho de las desgracias del mundo, de los caprichos de los señores, carecía de resolución, y le decía al niño:

— No hagas caso, quédate aquí. No te faltará un bocado de comer si trabajas, vivirás en paz y en el santo temor de Dios.

Por el contrario Maso (este era el nombre del molinero), hombre que había andado por el mundo, es decir que había ido por grano y á llevar harina hasta Cremona y Casalmaggiore, y que creía conocer un poco á los hombres porque había conocido algunos tratables en granos, la interrumpió y dijo:

— ¿Cómo! ¿querías tú privarlo de tan buena fortuna? ¿No lo ves? es un diablillo: buena salud, mucho valor, gran apetito: lo preciso es que sea todo un hombre. Déjalo ir con su señoría, y verás adonde sube. El no ha nacido molinero, y no debe quedarse así.

La opinión del marido prevaleció. La Nena en el momento de despedirse de su hijo adoptivo, y al tiempo que le arreglaba los malos harapos que lo cubrían, en tanto que él brincaba de gozo, le dijo:

— Librate de todo peligro, huye de las malas compañías, de las mujeres y de las tabernas.

Consejos que todas las madres daban á sus hijos al despedirse de ellos.

Maso añadió:

— Respeta á su señoría, y haz fortuna.

En seguida Ottorino se llevó consigo al muchacho.

(Se continuará.)

Consideraciones

SOBRE LAS CAUSAS QUE PRODUCERON EL ACTUAL ESTADO POLITICO, ECONÓMICO Y SOCIAL DE INGLATERRA.

Si la historia hubiese de revelar al mundo los más pequeños detalles de los héroes que ensalza, con frecuencia arrojaríamos de nuestras manos, llenos de hastío ese *espejo de la verdad*, por no divagar entre nimias vulgaridades. Pero cuando aquellas noticias que así pudieramos condenar sin profundo criterio, descubren los verdaderos orígenes de los más importantes hechos, obrados en una época famosa, torpeza fuera no revelarlas al mundo, aun envueltas en el ropaje de sus groseros accidentes.

En la historia política-religiosa del siglo XVI descuella un acontecimiento sobre todos los que más escandalizaron al catolicismo en aquella famosa y trabajada centuria. El establecimiento de la iglesia anglicana bajo el pontificado de sus monarcas, con la más absoluta independencia de la sede apostólica, debería significar el resultado de muy maduros y deliberados consejos: de graves y sesudas discusiones, del convencimiento, en fin, que pudieran dar de sí los más profundos estudios, y la más dilatada experiencia.

Por desdicha no hay más que abrir la historia de aquellos tiempos para convencerse de que únicamente la voluptuosidad de un rey tuvo parte en semejantes alteraciones; y que el pueblo inglés, harto más rudo á la sazón que ilustrado en nuestros días, lo mismo sancionó la protesta de Enrique VIII para repudiar á la desventurada Catalina de Aragon, como se conformó con el arrepentimiento y vuelta al gremio de la iglesia romana, cuando el propio monarca tuvo necesidad de castigar los adulterios cometidos, con universal escándalo, por la famosa Ana Bolena.

Los anales de aquel reinado son una cadena de liviandades, torpezas y sacrilegios. Si la Inglaterra no contara en su historia perenal esa serie de crímenes que constituía el derecho de sus monarcas en los tiempos anteriores, á costa de los mayores sacrificios debería borrar de aquella todo cuanto pudiera recordarla tan torpe origen de sus libertades religiosas. Pero aun dejando aparte este asunto, cuyas conveniencias materiales pudieran sancionar los fundamentos en que las dichas li-

bertades se vienen apoyando, todavía esa nación, aristocrática por excelencia, que hoy puede vanagloriarse de su organización, de su prosperidad y de sus virtudes, cedería gustosa mucha parte de su fortuna, y no escasa porción de su gloria, con tal de presentar incólume la que se conquistó, no sin notables lunares, la más celebrada de sus reinas.

Prescindiendo por ahora de todo género de consideraciones, pues las que á la mente acuden pudieran suponerse parciales ó intencionadas, y solo insistiendo en aquella que al principio se ha expuesto sobre la necesidad de consignar en la historia los orígenes de sus héroes, sin descender á inconducentes puerilidades, me parece bien dar á conocer el adjunto escrito que se ha venido á las manos en el más respetable depósito que tenemos de este género de antigüedades.

Es una carta que dirigió á la Cesárea majestad del rey D. Carlos I el doctor Ortiz, abogado de doña Catalina en la corte de Inglaterra. Era el famoso emperador, sobrino de esta señora, como de hija de los reyes católicos, y así practicó los mejores oficios en defensa de su demanda; no solo por conducto de sus embajadores y otros enviados como el doctor Ortiz ante el rey de Inglaterra Enrique VIII, pero también en la corte del papa Clemente VII, donde á la sazón el dicho doctor se hallaba, hasta conseguir, por sentencia jurídico eclesiástica, la resuelta negativa del divorcio, solicitado con notable empeño por el lascivo monarca.

Está, dicha carta, concebida en los términos siguientes:

«Gracia Cesárea Carolina Majestad. — Prevalecido en el acatamiento de Dios las oraciones de la serenísima Reyna de Anglaterra, y de los santos mártires que con ella subieron al cielo, como muestra el efecto dellas que nuestro Señor ha hecho en la tierra según se ha escrito á su St. y es que diz que la manceba (1) del Rey de Anglaterra tiene seis amigos, con los cuales mal usaba de su cuerpo, y uno dellos era su hermano, y otro un músico, el qual, viéndose ménos favorecido della, demandando primero perdon y merced de su vida, descubrió al Rey la verdad, la qual; despues de presos todos con ella, se halló ser así, y diz que su mismo padre que era inocente en este caso, aprobó su condenación á muerte, la qual fué sentenciada, siendo primero desgradada de Reyna, á ser degollada y despues quemada, viendo primero pasar la misma muerte á los otros, salvo al que lo descubrió. Provóse en el proceso que ántes que concibiese la hija que tiene, y el Rey pensaba ser suya, tinie el mismo trato, por lo qual diz que se trataba de declarar la hija no ser del Rey. An restituydo ya las imágenes y predicase que hay Purgatorio: gloria sea por todo á Ntro. Señor. Acuérdome que el cardenal de Burgos, que en gloria esté, me dijo diversas veces como cuando él estaba allá por embaxador, una beata, la qual al principio de su tiránica exaltacion hizo martirizar esta Ana, como yo escribí á V. magt. publicó tener revelacion de que avie de morir quemada esta Ana.»

«A algunas personas se á escrito de Inglaterra que diz que en el proceso tambien se continie que esta Ana avie procurado entosicar á la Sma. Reyna, y que el Rey está enamorado de otra dama. Quando viniéren cartas del embaxador de V. magt. podré mas por estenso referir lo sobredicho, lo qual quanto á la condenacion de la manceba del Rey es tenido por certísimo. Sea Nro. Señor bendito y alabado siempre por sus soberanos juicios, de que acá se a recibido gran universal gozo. Sra. Ce. Ca Magt. Nro. Señor acreciente la vida de V. Magt. y su imperial estado, y perpetue su real sucesion por muchos y muy bien aventurados tiempos de Roma á 2 de junio de MDXXXVI—de V. S. C. C. Mat.—muy humilde y muy obediente siervo y vasallo que sus imperiales manos besa — El Doctor Ortiz (2).»

Como se ha indicado ántes de la presente carta, dos son las principales consideraciones que se desprenden de su lectura, y que notablemente interesan á la historia. Por la primera no puede ménos de ofenderse la buena moral contemplando los torpes fundamentos que tuvo en su origen el protestantismo religioso de la nación inglesa, puesto que ninguna creencia existe donde hay tanta facilidad para variar las más importantes, y ya se sabe cuan amargos frutos produce el ateísmo, como contrario á todo género de virtudes.

Que en la lascivia del rey estuviese basada la independencia religiosa de Inglaterra no pudiera racionalmente dudarse teniendo en cuenta aquella frase de la carta que dice: *an restituydo ya las imágenes, y predicase que hay purgatorio*. Esto por lo ménos equivale á manifestar que escandalizado el rey de sí mismo, y no arraigadas en sus vasallos las creencias religiosas que proclamara, tan luego como desapareció la causa motora de sus heréticos proceder con la muerte de Ana Bolena, trató de reconciliarse con la iglesia romana, cuyo pontífice le había excomulgado al llevar á cabo el repudio de Doña Catalina, y su adúltera union con la manceba; reconciliacion que logró bajo el pontificado del papa Julio III.

La otra consecuencia no es ménos importante que la que queda referida, puesto que afectando tambien directamente á los principios orgánicos de aquella nación,

(1) Tal siguieron llamando á Ana Bolena los católicos aun despues que Enrique VIII legitimó su consorcio bajo las bases de la nueva iglesia.

(2) Archivo general de Simancas: negociado de Roma, Estado, legajo 865. — Se han conservado religiosamente las formas del preinserto escrito, con el propósito de que su autenticidad no pueda ser objeto de dudas por ningun concepto.

se roza en especial con la más notable de sus personas.

Dos reinas dió al trono inglés por sucesoras al bullicioso Enrique VIII: una legítima de su primitiva y más autorizada mujer Doña Catalina de Aragon, y otra natural habida en Ana Bolena, aun ántes de que muriese aquella señora. La primera Doña María, que al cabo fué proclamada heredera de la corona á la prematura muerte del niño Eduardo, casó con el rey D. Felipe II, y murió sin vástago que la sucediera. La otra fué Doña Isabel, reina famosa, origen y fundamento de cuanto vale y representa en nuestros días la Gran Bretaña, como primera en el catálogo de todas las naciones del universo.

Al entrar en posesion de tan trabajada herencia, poseída de nativos rencores, destruyó las más arraigadas semillas del catolicismo que aun florecian en sus estados; y con nuevas protestas contra la fe universal se erigió como su padre Enrique en cabeza espiritual de aquellos pueblos.

En la novedad tomaron nuevo cuerpo las sectas religiosas en los estados circunvecinos, mas por el espíritu de independencia que los impelia, que por las convicciones morales que pudieran dominarlos, y de estas facilidades, tomando arranque mayores delitos, á fin de ocultar la bastardía é ilegitimidad de aquella nueva apóstata, se halagó la licencia con visos de libertad, hasta hacerla degenerar en ominosa servidumbre.

Para conseguir semejantes resultados no hubo crimen político que no se sancionara, ni compromiso moral que no fuese arrollado por aquel impetuoso torrente. El regicidio de Escocia ciñó á las sienes de Isabel una nueva corona: la independencia de Holanda alejó de sus estados todo género de recelos respecto de la superioridad continental sobre su corto territorio: el brusco sacudimiento de los Países-Bajos contra la extraña dominacion de Felipe II, la facilitó el paso de su nueva política hasta el corazón de los demás reinos; y finalmente, la multiplicidad de otras sectas y de nuevas ideas que se coaligaron contra la existencia político-religiosa del viejo mundo, aseguraron á la reina Isabel el carácter supremo de protectora, dando por este medio manifiesto desarrollo á sus heregias, y con el inusitado poder á la nación que por tales medios gobernaba.

La necesidad de apoyar en un pensamiento moral las aspiraciones temporales con el fin de hacer prosélitos, puso á las plantas de Isabel muchos y muy famosos potentados. Enrique IV de Francia, el príncipe de Orange, la casa de Navarra y hasta los pretendientes de Portugal se hubieran emancipado definitivamente de la iglesia romana á trueque de lograr sus respectivos deseos por el patrocinio de aquella soberana; y estas ideas que por lo ménos introducían la duda en el espíritu de la religion, cundiendo y desarrollándose vinieron á formar de un principio disolvente, un nuevo y poderoso elemento de organizacion material, que si no abona gran cosa la moralidad de su autor Enrique VIII, célebre cuando ménos el acierto con que se explotaron, al impulso de benéficas oportunas leyes, aquellas perniciosas doctrinas que forman el carácter especial del largo reinado de Isabel de Inglaterra.

Pero retrocediendo á las consideraciones personales apuntadas mas arriba por consecuencia del espíritu de la carta que se ha insertado, conviene advertir que á esta gran reina se referia el doctor Ortiz en aquello de probarse que ántes que Ana Bolena concibiese la hija que tinie y el Rey pensaba ser suya tinie el mismo trato con los seis amantes ajusticiados á par de ella, por lo qual diz que se trataba de declarar la hija no ser del Rey.

Si los próceres del parlamento inglés hubieran llevado á cabo semejante declaracion, ¿se puede calcular cual sería al presente la suerte de ese gran reino? La presion que experimentaron las sectas religiosas bajo el poder del principio católico, tan luego como Enrique VIII volvió á la comunión de la iglesia romana, no era poderoso ni siquiera bastante estímulo para arraigarse en el corazón de los pueblos donde habian germinado. Por otra parte, los príncipes que hubieran aspirado legítimamente á la corona de Enrique VIII cuando murió Doña María tampoco hubieran halagado las ideas disolventes contra la religion que casi todos profesaban; y en tal caso las provincias auseáticas, por mucho que acariciasen el pensamiento de su emancipacion, difícilmente pudieran haberlo realizado por los medios naturales de la insurreccion nacional, teniendo que luchar contra la nación española, que era entonces la más poderosa del universo.

Luego si tales obstáculos aunados habian de ahogar forzosamente toda idea de engrandecimiento local que no estuviese basada sobre los principios de la verdadera religion, y sobre los procederes económicos de una simultánea experiencia, claro está que la Inglaterra en sus condiciones sociales hubiera seguido el movimiento universal de los demás pueblos, y que su portentoso desarrollo material é intelectual, que hoy estriba en la tolerancia de todos los sistemas morales, y en la mayor expansion de sus cambios, ó estaria en proporcion razonada con el progreso de las demás naciones católicas, ó probablemente no se habria verificado.

Cierto es que la providencia elije á veces muy raros instrumentos para restablecer la quietud y fomentar la prosperidad en una nación pobre, y sobradamente trabajada con guerras, crímenes y discordias. La Inglaterra, desde los primeros tiempos de su monarquía, no pudo reposar un instante mas que entre lastimosos acontecimientos, y cuando pareció que debía precipitarse en su más completa disolucion, llegó á sentar la base de toda su fortuna.

Esta vez la filosofía de la historia no podrá brillar victoriosa con las lumbreras del discurso, lógica de sus naturales y eternas consecuencias.

Todavía estaban recientes los escándalos y crímenes dinásticos de aquella lastimoso monarquía: la sangre de Ricardo III aun no se habia borrado de los campos de Bosworth, ni la reparadora política de Enrique VII podia garantizar al siguiente reinado el buen éxito de una reforma radical en las condiciones morales de Inglaterra. Sin embargo Enrique VIII no se para en los recelos naturales que debiera inspirarle un hecho semejante, y cambia, aunque por tiempo limitado, la religion de sus pueblos, preparando un cáncer social que podria haberlos consumido, pero el desorden religioso se consolida, y llega á ser con el tiempo el elemento primordial de todos los adelantos.

Poco despues, y como si nunca la posesion de la corona hubiese costado el más ligero tumulto, donde tan pocos reyes morian al impulso de la naturaleza, se llama al trono á una princesa inmoralmemente bastarda, y de precedentes tales como la carta del doctor Ortiz revela. A su advenimiento no faltan síntomas que hagan temer por la seguridad de cuanto existe; mas su política violenta, agresiva, reformadora y resuelta, arrolla todos los obstáculos, y la gran reina Isabel aparece en el turbio horizonte de la política inglesa como iris y nuncio de todo género de prosperidades.

Las leyes de la naturaleza, sin embargo, son innumerables, y un solo hecho desnaturalizado de la historia no puede destruir la historia misma. A los misterios de la Providencia hemos de atribuir las peripecias que admiramos, por mas que á nuestra cortedad no sea dado el comprenderlas. ¡Quién sabe á que usos destina Dios toda la ciencia actual de la nación inglesa, y ese gran caudal de progresivo desarrollo, cuyos orígenes venimos demostrando!

JOSÉ FERRER DE COUTO.

Madrid 1854.

EL RHIN.

((Artículo segundo.))

Wolke se volvió á San Goarshausen. El episodio de la caverna de Ehrenthal, que se habia producido en medio de circunstancias tan singulares, y cuyos detalles revelaban cierto misticismo, habia encendido en el alma del pescador esa energia poderosa que arde en el corazón de los mártires.

Wolke se dirigió hácia el sitio donde habia amarrado su barca algunos días ántes, á fin de atravesar el río y llegar á San Goar ántes de amanecer. Pero al acercarse á la orilla notó que dentro de la barca habia ya una persona cubierta en una capa.

— Te estoy esperando, le dijo una voz que recordó á Wolke su guía del Ehrenthal; mucho has tardado en venir. Llévame á Werlau sin perder tiempo y sin que puedan espiarnos.

— A estas horas, es imposible, respondió el pescador con ansiedad; no podriamos pasar por la torre de San Goar sin que nos vieran; mucho más fácil es evitar las arenas y los escollos, que burlar la vigilancia de los arqueros del señor de Rheinfels.

— No le hace, repuso el desconocido; lo intentaremos, pues tal es la orden del Padre, y su voluntad debe cumplirse sobre todas las cosas.

El tono de autoridad con que fueron pronunciadas estas palabras, no dejó nada que replicar al pescador. Este tomó sus remos y volvió la punta de su barca hácia San Goar acercándose á la orilla derecha del río para poder navegar á cubierto bajo las rocas que cierran el Rhin por aquel sitio. A medida que llegaba hácia la torre del vigía, disminuía la rapidez de su marcha, y bien luego se dejó llevar por la corriente, temiendo llamar la atencion de los guardas de la torre con el ruido de sus remos. Apenas habia atravesado la línea del paso, cuando se oyó el sonido de un cuerno de lo alto de la torre de San Goar. Era el vigía que anunciaba al peagero que acababa de pasar una barca clandestinamente. La plataforma de la torre se cubrió al instante de hombres armados de hondas, que enviaron á la barca una lluvia de piedras; pero la oscuridad de la noche hubo de salvar á los viajeros. Wolke pudo notar sin embargo que habia salido de San Goar un botecillo con dos remos y algunos soldados, y que venian en su persecucion con la rapidez de la flecha. El pescador tomó de nuevo sus remos con mano vigorosa, y su barca marchaba tan ligera, que apenas parecia tocar la superficie de las aguas.

— ¡Cuidado! le gritó el desconocido, pues veo delante de nosotros, bajo el Patersberg, una barca que se dispone á cerrarnos el paso.

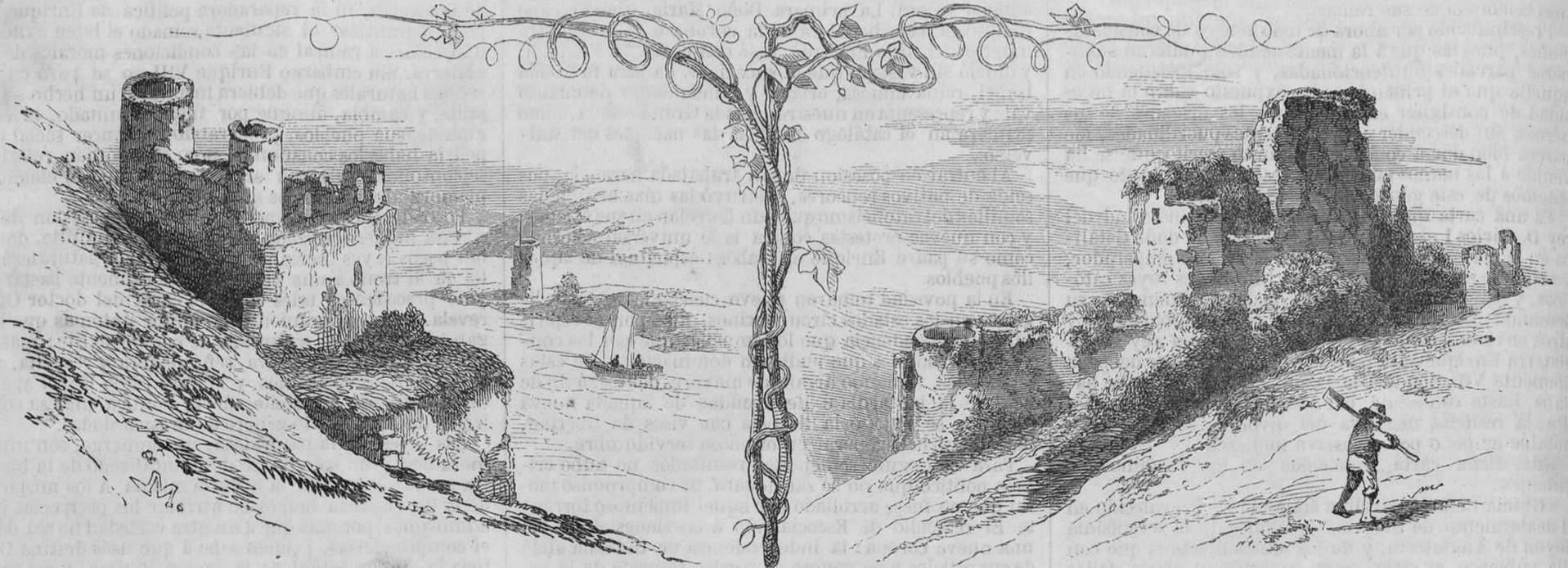
En efecto, por el lado derecho del Rhin acababan de lanzarse en una barca una porción de hombres advertidos por el cuerno de San Goar, y parecian dirigirse á defender el paso, mientras que las almenas del formidable Rheinfels, que domina en frente, se guarnecian de soldados armados de hondas para tirar contra los navegantes á favor de la estrechez que el Rhin ofrece en aquel sitio.

Wolke ve el peligro, redobla de fuerza y de velocidad, y por un prodigio de audacia y de valor lleva su barca hácia la orilla izquierda, bajo las mismas rocas del Rheinfels, poniéndose así al abrigo de las piedras,

y luego mediante una maniobra temeraria, desafia y evita á los remeros salidos del Patersberg que intentaban cerrarle el paso.

— ¡ Por el cuerpo milagroso del Liebenstein ! dijo uno de estos, no hay en toda la comarca mas que un patron capaz de llevar una barca con tanta destreza, y es Wol-

ke de San Goar ; ; pero por el pulgar de San Werner que ciertamente no se nos habria escapado á pesar de su destreza, si la bruja del Binger-Loch, no hubiese dado



Ehrenfels.

Drusus.

alas á su barca en aquel momento ! ¡ Cabeza de grulla ! gritó con acento sardónico la pasajera alzándose en la popa de la barca, por la primera vez de tu vida no mientes. Tú, pellejo de vino, saco de mentiras, Spinner, tu-nante al servicio de un ladron, no podrias hacer otro tanto ; ojalá caigas de cabeza en el rio cuya agua toda no bastaria para apagar el fuego encendido en tu cara de pillo por el vino que has robado en las bodegas de las cercanías.

A esta salida inesperada, los remeros se detuvieron como heridos de terror, en tanto que Wolke animado de una fuerza sobrenatural, ganaba espacio hasta que bien pronto se halló fuera del alcance de sus enemigos.

— Ahora puedes descansar, dijo la pasajera al pescador ; ha pasado el peligro, ya estamos en Werlau, y por muchas ganas que tengan las gentes del conde Dieter de apoderarse de tí, no se atreverian á intentarlo en estos parajes donde el señor de Rheinfels tiene implacables enemigos. Irás á buscar á los mineros de Rheinbey y les dirás : vengo á trabajar con vosotros en la obra del Padre, y serás acogido como un hermano ; dividirán



Pfalz.

contigo lo poco que poseen. Cuando hayas edificado con ellos, te pondrás en camino para la llanura, y vendrás á buscarme á la embocadura del Nahe, bajo la montaña del Kloop, donde te esperaré al primer cuarto creciente de la luna.

Mientras la pasajera hablaba de este modo, Wolke que habia soltado sus remos, la escuchaba con una atencion mezclada de asombro. Hallábanse entónces delante de Werlau. El pescador hizo volver la barca, y en pocos instantes llegó á la orilla. La desconocida saltó á tierra con ligereza, y luego volviéndose hácia el pescador, le dijo :

— Wolke, no olvides la montaña del Kloop ; acuérdate de la bruja de Binger-Loch !

Y dichas estas palabras se precipitó hácia un estrecho sendero que serpenteaba por los flancos de la colina, y bien luego desapareció por entre los arbustos que crecen hasta media cuesta.

Wolke, en cuanto se quedó solo, se puso á reflexionar sobre su situacion ; despues de haberse burlado de las gentes del Rico, no podria mostrarse en San Goar sin exponerse á un castigo, que á lo ménos momentá-



Rheinstein.

Louis MARVY

neamente, le privaría de su libertad. Wolke resolvió quedar libre, aun á costa de vivir errante. Por otra parte, la esperanza de volverse á encontrar con aquella mujer tan hermosa, cuyos encantos ejercian un imperio tan absoluto sobre su corazon; el mismo interés de la obra de reparacion á que se habia asociado, todo esto le incitaba á conservar su libertad, por dura que pudiese ser su condicion. Con esta idea se alejó de la orilla, y subió el sendero por donde la bruja habia desaparecido. Al llegar á la vertiente opuesta de la colina descubrió á sus piés la humilde aldea de Weiler, cuyas chozas atestiguan la pobreza en el seno de una naturaleza rica y pintoresca.

— En medio de este infortunio, murmuró Wolke, quiero fortificar mi odio contra la opresion de los insolentes dueños del Rhin.

Y continuó su marcha y llegó á Weiler á la hora en que los mineros salian de sus casas en direccion de las montañas vecinas.

Sin embargo el conde Dieter al saber que uno de sus vasallos habia forzado el paso y se habia burlado de sus gentes, se encolerizó y despachó á sus arqueros en todos sentidos á fin de que se apoderaran del culpable. Ya se hallaba instruido de la sorda agitacion que reinaba entre las poblaciones de las orillas del Rhin; pero tanta era su confianza en su inexpugnable posicion, que se reia de aquellos rumores. Por otra parte, contaba tambien con la fuerza del ejemplo para hacer callar á sus vasallos, y le parecia que el castigo de Wolke produciria un efecto excelente para lo sucesivo. Por esta razon el conde queria que le cogieran á toda costa, y así fué que su ira no conoció límites cuando le dijeron que Wolke habia logrado salir del territorio, y que habia buscado un refugio en las montañas de Weiler. Su maldad le inspiró entónces la idea de castigar al peagero, al que atribuia la evasion del pescador, y en efecto le aplicó la pena que habia reservado á su vasallo rebelde. Todos aquellos hombres que servian de instrumentos á la tiranía de Dieter, eran los primeros que sufrían su dura opresion. Mucho trabajo les costaria á los déspotas el re-

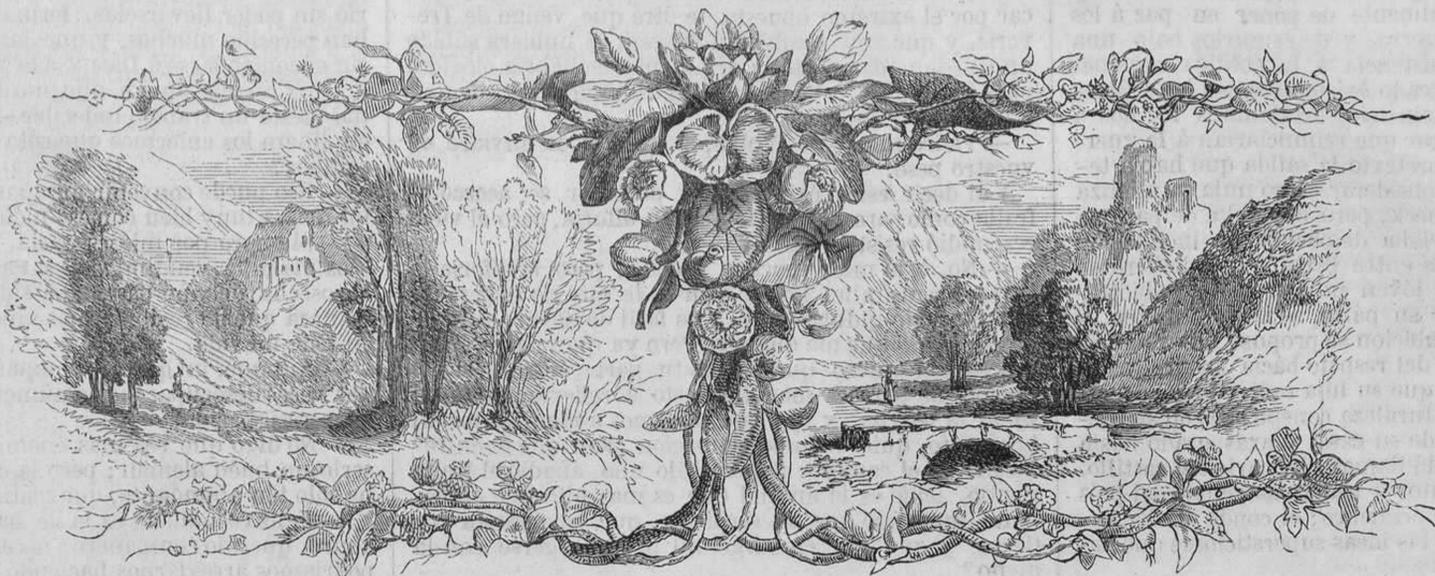
clutar agentes de su despotismo, si no tuvieran el arte de engañarlos; el secreto de su autoridad consiste en adular á los que temen; el Rico apeló á un expediente de este género para apaciguar los gérmenes

posiciones. La ocasion le pareció muy propicia para insistir en sus pretensiones apoyándose en la fuerza. De este modo pensaba reanimar la disciplina entre las gentes de la guarnicion del Rheinfels, á quienes la guerra prometia el saqueo. Pero su enemigo podia disponer de fuerzas considerables, pues además de su castillo del Rheinstein, edificado en la orilla izquierda del Rhin, en una posicion inexpugnable, contaba con un partido de aventureros determinados que mantenía en la fortaleza de Ehrenfels, sobre la orilla derecha que domina el estrecho desfiladero formado por la estrechez del Rhin en aquel punto.

Este caballero era el espanto y el terror de la comarca, de Bingen á Oberwesel, donde poseia

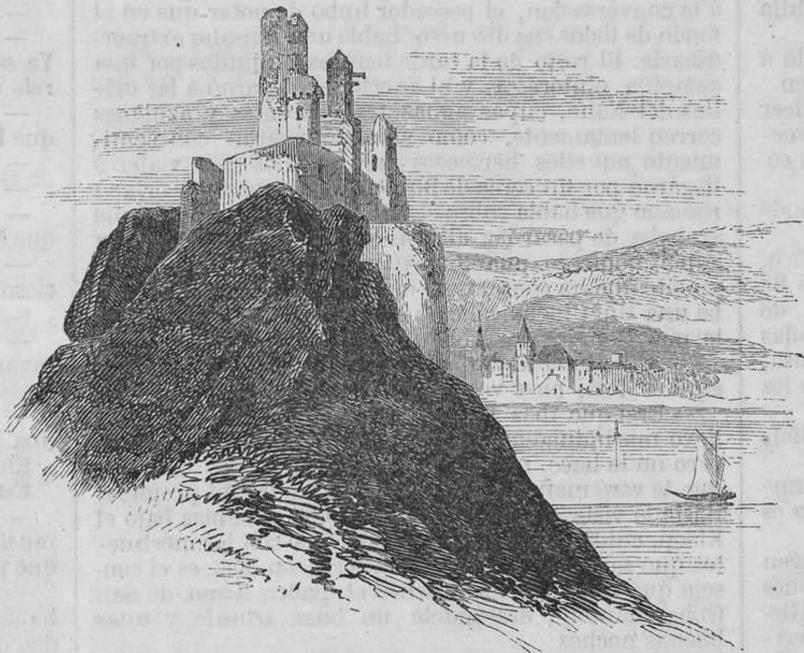
el Pfalz que, elevándose del rio como una cabeza de gigante, amenazaba incesantemente las dos orillas sometidas á la dominacion de Dieter. Despues de haber hecho un estado de sus fuerzas, y de las de su enemigo, el conde comprendió que no podia salir victorioso si no comprometía en sus intereses á algun caballero vecino, y volvió sus miradas hácia el señor de Sonneck, cuyo castillo dominaba sobre el valle del Nahe, y que por consiguiente tenia pocas ventajas que sacar de la lucha. Ambicioso y astuto, el señor de Sonneck habia concebido hacia tiempo el proyecto de formar un establecimiento sobre el Rhin, y le pareció que una alianza con el señor del Rheinfels debería asegurarle el triunfo de sus miras, si sabia aprovecharse de los apuros del conde. Fingió aceptar el tratado que le ofrecian, bajo la única condicion de que le acordarian la mano de la jóven condesa Berta de Katzonellenbogen. Esta cláusula ajaba mucho el orgullo del conde Dieter, que elevaba mas alto sus pretensiones con respecto á su hija, pero como las circunstancias eran muy urgentes, accedió á la demanda del caballero. Firmado el tratado, el Rico declaró la guerra al señor del Rheinstein.

Ahora bien, mientras se hacian los preparativos para la lucha, Conrado, hijo del emperador Federico II, encargado de la guarda del imperio, en tanto que su padre arreglaba sus largas querellas con la Silla Apostólica, vi-

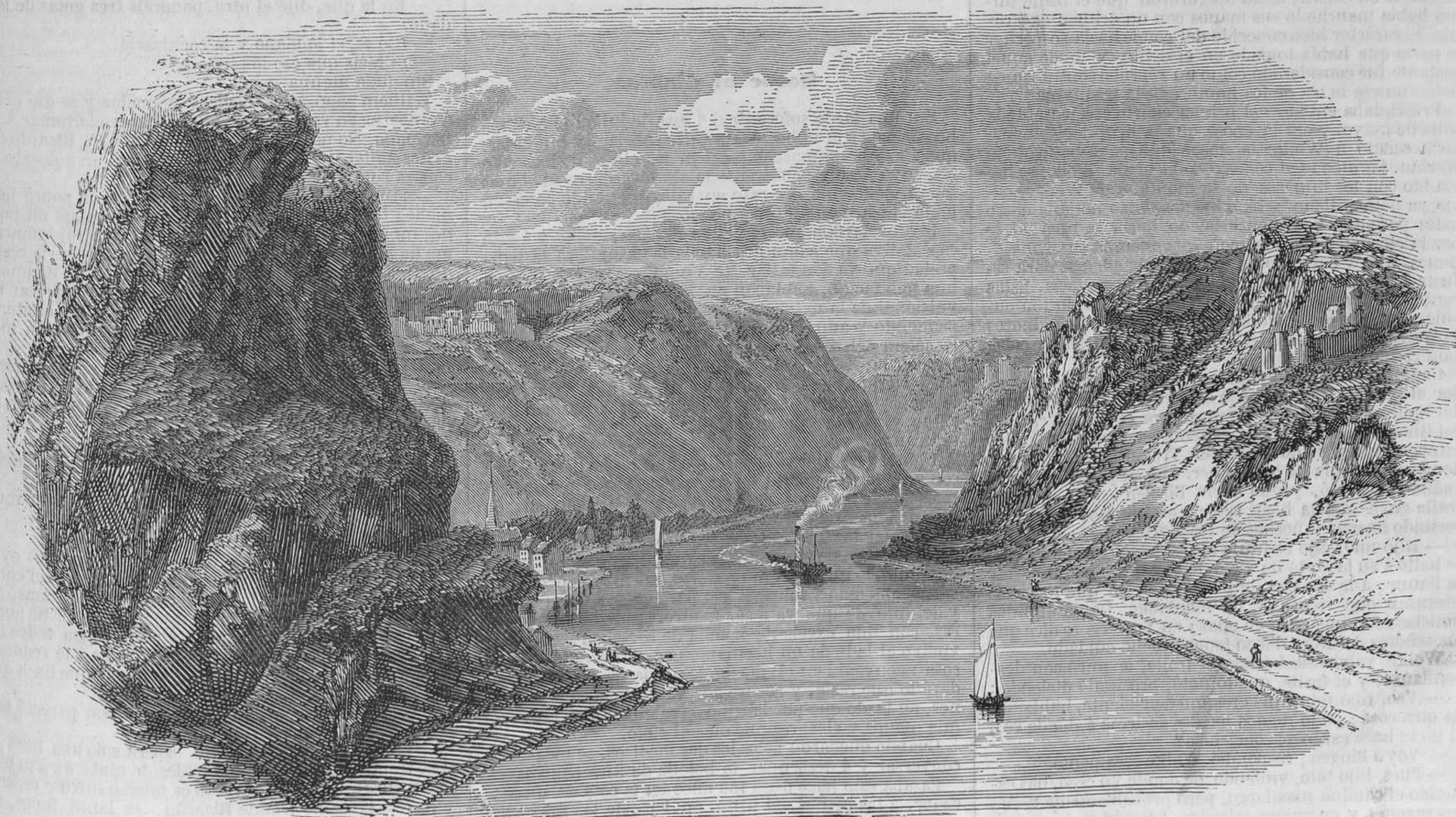


Sonneck.

de descontento. Entre los caballeros vecinos suyos, el señor del Rheinstein habia tenido con él muchas disputas sobre el pago de peajes en los límites de sus



El Gato.



San Goar.

sitaba el Rhin de paso para Treveris. Este viaje tenía por objeto principal reanimar el espíritu de la nobleza alemana en favor de la persona del emperador, cuya destitución quería el papa Inocencio IV. Conrado trató principalmente de poner en paz á los señores, siempre en guerra, y de reunirlos bajo una bandera común de resistencia á la política romana. En cuanto supo el altercado existente entre los señores del Rheinfels y del Rheinstein, les llamó á los dos á Treveris, y les hizo jurar que renunciarían á la guerra. Dieter, dando por pretexto la salida que había tenido el negocio, quiso considerar como nula su alianza con el caballero de Sonneck, pero esta falta de palabra á la fe jurada contrariaba demasiado la inclinación que secretamente existía entre Berta y el caballero de Sonneck, para que la joven no se resistiera abiertamente. El caballero por su parte, se irritó también, y por un cálculo de su ambición se propuso hacer salir á Berta de sus deberes y del respeto hacia su padre. El Rico no tardó en notar que su hija cediendo á las sugerencias de su mala naturaleza conspiraba con su conducta contra el orgullo de su casa, y exasperado hasta el extremo, Dieter mandó llamar al vicario del castillo. Era este un fraile disoluto, á quien las gentes del país achacaban toda clase de crímenes; el conde estaba sujeto á su influencia, por las ideas supersticiosas que había sabido infundirle.

— Giebel, le dijo, escúchame y trata de obedecerme... el cielo se ha mostrado severo conmigo dándome hijos indóciles y malvados; Berta es de una perversidad sin ejemplo; si se hubiera limitado á resistirme, quizás la habría perdonado, pero cubre de oprobio mi nombre, y esto no se olvida nunca. Tú que has recibido en los secretos de tu santo ministerio la confesión de su alma abominable, podrás decirme si esa hija maldita no merece un castigo terrible.

— Señor, respondió el fraile balbuceando, solo á Dios debo cuenta de las confidencias que se me hacen.

— Te comprendo, añadió el conde tratando de leer en los ojos del fraile, y encendiéndose en ira; es menester que el castigo que medito lleve el sello de la cólera de Dios; tú serás el ministro de mi venganza.

Giebel retrocedió espantado, pues sabía que el conde era inflexible en sus resoluciones.

— Serénate, repuso el conde con acento sardónico, pondré á cubierto tus escrúpulos de conciencia. Te he dicho que en el castigo se ha de ver el dedo de Dios, de modo que es preciso un profundo misterio. Si secundas mis proyectos como lo espero, recibirás tu recompensa, si te niegas á obedecerme, incurrirás en la pena de los desobedientes y rebeldes.

Semejante amenaza en boca del señor del Rheinfels era muy persuasiva; Giebel le contestó:

— Señor, sois la mano y yo soy el cuchillo, cúmplanse los designios de Dios, podeis mandar como os parezca.

A pocos días, la condesa Berta de Katzenellenbogen murió en horribles convulsiones un momento despues de haber recibido la comunión de manos del fraile Giebel. En vano esparcieron el rumor de que el cielo irritado de las disposiciones sacrílegas que Berta había llevado á la santa mesa, la había hecho morir por un efecto de su cólera; todos aseguraron que el fraile impío había manchado sus manos con un crimen execrable. El carácter bien conocido del conde hacia sospechar la parte que había tomado en el delito, y desde aquel instante fué considerado como un réprobo contra quien debía unirse la ira de los hombres á la ira divina.

Principiaba entónces el primer cuarto creciente de la luna de mayo, y era la época que la bruja del Binger-Loch señaló á Wolke la noche que se separaron en Werlau. Siguiendo el consejo de la bruja, Wolke se había ido con los mineros de la montaña de Weiler, como ya hemos dicho, y bien luego se hizo notable entre todos por su ardiente entusiasmo hacia la libertad, y por la elocuencia natural con que exponía sus convicciones. Alto y hermoso de rostro, tenía además para seducir á la muchedumbre la fuerza y la audacia. Estas ventajas muy preciosas en los tiempos de emoción popular, conciliaron á Wolke los sufragios de los mineros de Weiler, y el pescador llegó á ser en aquella asociación como el ojo y el alma.

Conforme á lo que le había dicho la bruja, el pescador al salir de Rheinbey con dirección á la embocadura del Nahe, se metió en la llanura para evitar los rateros del Rheinfels, que hacían frecuentes excursiones por los campos, y así pudo llegar de Traveris á Maguncia, donde nada tenía ya que temer. Apenas pasó Simmern, cuando encontró, yendo hacia Bingen como él, á un fraile cuya alforja bien repleta atestiguaba que había recibido buenas limosnas de los aldeanos.

— Hijo mio, dijo el fraile al pescador en cuanto este se halló á su lado, te he visto hace un momento cortar la llanura: á la derecha de Bernkastel, lo que me hace presumir que vienes de las montañas. Dame algunas noticias de lo que pasa en ellas; en Treveris se dice que los señores del Rhin deben tener mucho cuidado.

Wolke volviéndose hacia el fraile, le miró con desconfianza, y el fraile, que lo notó, prosiguió diciendo: — Veo, hijo mio, que eres muy prudente, hablemos de otra cosa; ¿á lo ménos puedes decirme á dónde vas, si no te hace cargo de conciencia?

— Voy á Bingen, respondió Wolke secamente.

— Pues, hijo mio, viniendo de donde yo creo, has escogido el camino mas largo, pero probablemente tienes tus razones, y no quiero saberlas. Además, noto que no es fácil hacerte hablar, cuando has resuelto callarte, lo que prueba que eres mozo de seso.

Estas palabras fueron dichas con tanta franqueza y bondad, que Wolke se sintió un poco avergonzado por su desconfianza.

— Por mi parte, continuó el religioso, á riesgo de pecar por el extremo opuesto, te diré que vengo de Treveris, y que voy también á Bingen. Si hubiera sabido un camino mas corto, ciertamente le habría elegido, pues á mis años, y con la alforja al hombro, se cuentan mucho los pasos.

— Padre mio, dijo Wolke, si quereis os aliviaré de vuestro peso.

Y al decir estas palabras, el pescador se acercó al fraile como para descargarle de su alforja, pero el viejo respondió resistiéndose:

— No, hijo mio, muchas gracias, pero la alforja le pertenece al fraile. Por lo demás, la mia no es pesada, solo contiene indulgencias, y es fácil de llevar, aunque hayas creído que me quejaba. Pero ya que eres un buen muchacho, quiero que tengas tu parte ántes de separarnos. Me parece mas dispuesto á reflexionar que á soltar la lengua, y ya que debemos andar juntos un buen rato, quiero darte ocupación para que te entretengas en el camino. Sabes, hijo mio, añadió el fraile riendo, ¿cuál es el animal que es mas alto que el elefante, mas bajo que la serpiente, que se arrastra por tierra, y que sin embargo no puede cogerse con la mano?

— A fe mia, no lo sé, respondió el pescador sonriendo; no estoy acostumbrado á esas sutilezas.

— Pues bien, yo te lo diré cuando lleguemos á Bingen, al entregarte la parte de indulgencias que te he prometido.

De este modo queria el fraile distraer á Wolke en el camino; pero á pesar de la ligereza aparente que daba á la conversacion, el pescador hubo de notar que en el fondo de todos sus discursos habia una sensatez extraordinaria. El resto de la tarde marcharon juntos por una campiña pintoresca, y al anoecer llegaron á las orillas del Nahe, cuyas aguas transparentes y azuladas corren lentamente, como si abandonaran con sentimiento aquellos hermosos parajes. Los dos viajeros llegaron por fin cerca de Bingen, á un puente de origen romano que habia sobre el Nahe. El cuarto de luna que acababa de pasar las alturas del Kloop, proyectaba en aquel momento una luz suave sobre las ruinas de ese puente que ha conservado el nombre de Drusus, y daba una tinta melancólica á esos vestigios de una época lejana.

— Allí está el Kloop, dijo Wolke á su compañero; aquí os dejo, pues voy á detenerme.

— Creí que ibas hasta Bingen, dijo el fraile, donde llevo mis indulgencias y la explicación que te prometí; pero no le hace, nadie duerme en el Kloop, de modo que te veré mañana en Bingen y cumpliré mi promesa. Hasta la vista, hijo mio, y sobre todo, si hablas bajo el Kloop, cuidado con los ecos, y cuidado con los mochuelos que se albergan en la torre del Kloop. Este es el consejo que te da afectuosamente el padre Kuno de San Goharshausen, deseándote un buen triunfo y unas buenas noches.

Y al decir estas palabras, el fraile se sonrió maliciosamente, y siguió su camino.

Darse al diablo.

Era una tarde sofocante del mes de julio: el aire sobrecargado con nubes de un gris cobrizo, y tan bajas, que en su lenta marcha tocaban las cimas de los árboles, cuyo follaje se estremecía sin levantarse ni el mas ligero vientecillo. De rato en rato, un ruido sordo en lontananza seguía al relámpago.

Involuntariamente sometido á este respeto y á esta expectativa que comunica á toda la naturaleza la tempestad que va á estallar, tres hombres, encerrados en una habitación, hablaban en voz baja. En estas convulsiones de la naturaleza, el hombre trata de hacerse pequeño y aun invisible, así como el niño que teme la cólera del pedagogo, procura ocultarse debajo de un banco.

— Amigos míos, dijo uno de los tres, cuyas facciones fatigadas y debilitada voz podían indicar un profundo pesar y veladas prolongadas, vosotros sois mi única esperanza.

Todo lo que los demás médicos han hecho hasta ahora con mi pobre hermano, no ha servido mas que para hacerle sufrir mas, y á pesar de todo, no he economizado ni cuidados ni dinero: he vendido todo lo que tenia para pagar las medicinas y las drogas, y lo he hecho de muy buena voluntad; porque si muere mi pobre hermano, lo que creo muy cierto, mi mayor pena será verme obligado á sobrevivirle para cuidar de su mujer y del hijo de que va á ser madre. Os dejo solos, señores, con una excelente botella de Kirschenwasser. Me vuelvo al lado de mi hermano, por si necesita alguna cosa: convenid en el medio de aliviarle, señores, y os daré lo que resta, y rogaré por vosotros en mis oraciones, en tanto que puedan moverse mis labios, cruzarse mis manos y elevarse mis ojos al cielo.

Cuando quedaron solos los dos médicos, se pusieron á conversar y á desocupar la botella de Kirschenwasser.

— Pasaba esto hace unos 150 años en la casa de un pescador, á las orillas del Rhin, no lejos de las minas del castillo de Ehrenfels, en aquel sitio en que el Rhin, estrechado y encadenado por multitud de rocas, precipita sus olas con una violencia que las hace saltar y echar

espuma, en tanto que se apercibe á lo lejos, calmoso, azul, claro y paseando sus aguas entre dos orillas verdes y floridas. Cerca del castillo de Ehrenfels, dos escollos producidos por pedazos de roca que quebranta el rio sin poder llevarselas, forman un torbellino donde han perecido muchos, y que jamás pasan los bateleros sin encomendarse á Dios y á la Virgen (1).

— ¿Creeréis, amigo, dijo uno de los dos médicos, que me cuesta un trabajo indecible el hacer que me paguen en dinero los enfermos que solo me dan frutos de sus campos?

— Eso puede convenir algunas veces; á lo ménos á mí me va muy bien con ese método.

— Sí; pero por mi desgracia, no trato mas que con esos malditos vendimiadores. Para colmo de desdicha, la cosecha del año pasado ha sido muy abundante; de manera que he recibido mas vino del que puedo beber en toda mi vida.

— Aunque, mi querido compañero, os he visto algunas veces desocupar cierto número de botellas con perfecta resignación.

— No digo que sea mas enemigo del vino que deba serlo un buen alemán; pero la cosecha del año pasado ha sido tan abundante, que nadie quiere comprar.

— Feliz casualidad es la de haberme hablado de este apuro, querido compañero; necesito vino, y fácilmente podríamos arreglarnos haciendo un cambio. Me habeis hablado hace algun tiempo del deseo que teniais de encontrar un caballo manso y fuerte á la vez; y yo tengo deseos de deshacerme del mio bayo. Decididamente mi fortuna no me permite tener el lujo de dos caballos en la cuadra.

— Tal vez me convendría ese arreglo. ¿Qué edad tiene el caballo?

— Va á hacer siete años.

— ¿Me respondeis de su mansedumbre, compañero? Ya sabeis que no soy ginete, y supongo que no quereis valeros de ese medio para adquirir mi clientela.

— Ya podeis imaginar si será tranquilo cuando deo que le monten mi mujer y mis hijos.

— Os daré por vuestro caballo dos toneles de vino.

— Corriente, siempre que sea bueno.

— De lo mejor que se bebe. Pero con la condicion de que el caballo no esté resabiado.

— Cerramos el trato bebiendo un trago de este delicioso Kirschenwasser.

— ¿Por supuesto que se incluyen los arreos?

— Nada de eso; es venta aparte; sin embargo, los jugaré á las cartas contra cinco botellas de Kirschenwasser, si acaso lo tenéis que valga tanto como este.

— ¡Convenido! Lo malo es que no tenemos aquí una baraja.

En este momento entró Wilhem.

Estaba mas abatido que á su salida.

— Señores, dijo, mi pobre hermano sufre todavía mucho; decidme, por Dios, lo que habeis imaginado que podrá aliviarle.

— Señor Wilhem, dijo uno de los médicos, despues de haber examinado atentamente y con las luces que pueden darnos la ciencia y la experiencia de una larga práctica, hemos decidido que vuestro hermano debía beber una infusión de cochlearia.

— En la que, dijo el otro, pondréis tres gotas de láudano.

— Eso es, el láudano y la cochlearia.

— ¿Creéis que eso le aliviará?

Sin duda alguna.

Wilhem pagó á los médicos nórnadas y se dió prisa á preparar su receta, y despues á hacérsela tomar á su hermano. No produjo ningun resultado, y Ricardo dió gritos agudos, y Wilhem, desesperado, se golpeaba la cabeza contra la pared.

— ¡Dios mio! decía, tened piedad de mi pobre hermano; tened piedad de mí; no me arrebatéis mi bueno, mi único amigo, el que ha protegido mi infancia, me ha alimentado y me ha educado como podría hacer una madre. ¡Dios mio! tened piedad de él: dadme la mitad de sus dolores: tiene mas que puede soportar un hombre; ó si es preciso que sufra mas, pobre criatura, dadme todos sus dolores para que descanse un momento.

— ¡Oh, hermano mio! mi Ricardo, ¿qué quieres? ¡Oh, si mi sangre pudiera aliviarle! No te desesperes, Ricardo, es imposible que Dios no tenga compasión de nosotros.

— Wilhem, dijo Ricardo, ¿dónde está mi mujer?

— La he obligado á que descanse un poco. La desdichada tiene los ojos abrasados con tantas veladas.

— Y tú también, mi pobre Wilhem, debes estar muy cansado.

Y Ricardo trató de sofocar un quejido.

— ¡Cómo es esto! dijo Wilhem; ¡Dios no nos oye! los gritos de dolor de este desgraciado y los de mi corazón no llegan hasta él! Ya no puedo resistir mas, no puedo verle sufrir. ¿Qué haré, qué inventaré? He puesto velas en la iglesia, mando decir una misa todos los días, y todos los médicos de diez leguas á la redonda han venido á visitarle en las tres semanas que hace que está en cama sin descansar un momento!

Y como Ricardo sufría siempre, Wilhem pareció herido por una idea repentina.

— Espera, Ricardo mio, dijo, espera solo una hora, y si no traigo remedio para tus males, te mataré y á tu mujer, y luego á mí, porque esto es mucho sufrir; espera.

Apretó la mano fría de Ricardo, se lanzó fuera, en

(1) La mano del hombre ha hecho ahora mucho ménos peligroso aquel país. Sin embargo, los bateleros recomiendan siempre á los pasajeros que se encomienden á Dios.

medio del viento y de los relámpagos que surcaban el aire á cortos intervalos.

Tomó su barquilla y se dejó llevar por la corriente. Pasando cerca del agujero de Bingen, aquel torbellino tan temido de que hemos hablado mas arriba, iba como de costumbre á hacer una corta oracion, en tanto que el viento, que levantaba las olas mas que de costumbre, y que sus silbidos, la luz de los relámpagos y el brillo de los rayos que desgarraban las nubes, todo llenaba el alma de un terror místico; pero habia llegado al punto de desesperacion en que todo se desprecia, porque se cree que se ha agotado ya la desgracia. ¿Y porqué tengo de rogar á Dios, puesto que no me oye? Voy á invocar al diablo, puesto que Dios me abandona. En este momento brilló un relámpago, el rayo hizo un ruido horrible sobre su cabeza, la nube estaba muy próxima, y creyó llegado el momento en que Dios iba á castigar sus blasfemias; pero su barquilla pasó entre los escollos á pesar del viento y la oscuridad.

— ¡Vaya! es buen favorecedor el diablo, puesto que invocándole ha pasado el *Bingerloch* donde tantos otros han perecido.

Y siguiendo la corriente del agua decia:

— Es bien sabido en el país que Enrique, que se fué á establecer en Maguncia, no fué rico sino porque se dió al diablo en la encrucijada de la selva. Yo sé que muchos son incrédulos y sostienen que aunque se llame al diablo cien noches seguidas en todas las encrucijadas del bosque, no oír. Sin embargo, no es una razon no creer las cosas porque no se comprenden; pero es un crimen horrible venderse al diablo, y me estremezco á la idea de pertenecerle, y mas cuando pienso en todo lo que se dice de las penas del infierno. Pero mi hermano, mi pobre hermano, que cuando yo era niño trabajaba para alimentarme, sufre y gasta, y es preciso aliviarme á toda costa.

— ¡Qué horrible tempestad! continuó; ¡si será un aviso del cielo! ¡Bah! el cielo se ocupa poco de nosotros.

En este momento llegó, amarró su barca á las raíces de un viejo sauce.

— No será malo que encuentre el sitio, á pesar de que me le han enseñado muchas veces.

A la luz de los relámpagos penetró en el bosque, y despues de muchos rodeos, llegó á un punto que partian tres caminos. — Aquí es, dijo, y se apoyó contra un árbol.

Sus cabellos se erizaron, sus músculos estaban horriblemente tirantes.

El viento que chocaba contra los árboles, los relámpagos que de rato en rato despedian una luz azulada, todo aumentaba su terror.

Trató de recordar las fórmulas que le habian indicado, y de que se habia servido, segun le dijeron, Enrique el Rico.

En el momento de pronunciarlas dudó. Despues ¡vamos! un momento mas de sufrimiento para mi pobre hermano; suceda lo que quiera; y en alta voz dijo tres veces: señor diablo, os doy al presente y para siempre jamás mi mano izquierda si devolveis la salud á mi hermano.

Despues con decaimiento: ¡es cosa hecha! Entónces cayó sobre el húmedo musgo y se puso á llorar.

En seguida, sin decir nada, casi sin pensar, tan aniquilado se encontraba, se volvió á su barquilla. Pasando por el *Bingerloch* se rompió contra una roca el remo que llevaba en la mano izquierda. No dudó ya que el diablo habia aceptado su oferta: se estremeció, y sin embargo se apresuró á llegar á su casa. Encontró á Ricardo dormido. He aquí lo que habia sucedido.

Wilhem en su turbacion habia dejado al salir mal cerrada la puerta: el viento la habia abierto con violencia, y el ruido que hacia, unido al viento que llegaba hasta él, se hicieron insoportables á Ricardo: lloró, pero inútilmente. Por último, trató de levantarse; pero era tal su debilidad, que al llegar á la puerta cayó pesadamente, y al mismo tiempo tuvo un vómito de sangre; el absceso, causa de su dolor, finalizaba entónces; no sintió mas que un deseo vehemente de dormir: se arrastró hasta la cama, y quedó entregado á un profundo sueño.

Cuando Wilhem vió dormido á su hermano: vamos, dijo, mi hermano está ya bueno, y yo me he condenado.

Pasó el resto de la noche sin dormir; por la mañana rendido por el cansancio cedió al sueño; despues se despertó asustado gritando: ¡Dios mio, tened piedad de mí! Habia soñado que el diablo se le llevaba á las entrañas de la tierra.

Una semana despues, Ricardo habia vuelto á sus trabajos ordinarios. La felicidad habia vuelto á aparecer en la cabaña del pescador. El mismo Wilhem que durante algun tiempo habia estado sombrío y taciturno, habia vuelto á recobrar su buen humor; solo que el menor incidente que pudiera recordarle aquella noche funesta le ponía triste y silencioso durante muchos dias, y su imaginacion lastimada encontraba á cada paso pretextos para terrores invencibles. Hubiera matado mil hombres con su mano derecha é incendiado la aldea, y lo hubiera considerado como un accidente comun; pero si rompía cualquier cosa con la mano izquierda, le parecia que el diablo se servía de aquella mano, que era propiedad suya. Unido á esto que la torpeza ordinaria de la mano izquierda se habia aumentado por la repugnancia que tenia á servirse de ella, resultaba que no cogía cosa que no rompiera ó dejara caer.

El domingo en la iglesia tenia oculta esta mano bajo la capa, y sucedia con frecuencia que arrodillado sobre la piedra lloraba amargamente y pedía perdon á Dios. Nadie comprendía tal exceso de piedad, y Wilhem no

contestaba á ninguna pregunta. Una noche tempestuosa no le dejaba dormir y la pasaba haciendo oracion; no se atrevia á pasar por el agujero de Bingen por donde habia atravesado dos veces invocando al diablo.

Muchas veces Ricardo y su mujer, que ya era madre, se inquietaban por la situacion de Wilhem, y le hacian amistosas reprensiones. Estas señales de afecto calmaban su ánimo, y era feliz y estaba tranquilo hasta el momento en que un nuevo accidente le recordaba de nuevo la noche fatal en que se habia dado al diablo.

Melodías hebreas.

(LORD BYRON.)

ELLA SE ACERCA RADIANTE DE HERMOSURA.

Ella se acerca radiante de hermosura, como la noche de los climas sin nubes y los cielos estrellados: todo cuanto la sombra y la luz tienen de mas encantador se ha reunido en su semblante y en sus ojos; una dichosa alianza produce en ella esa dulce claridad que el cielo niega al esplendor del dia.

Una sombra de mas, un rayo de ménos, hubieran casi alterado la gracia inefable de cada trenza de sus negros cabellos, que esparce un encanto seductor en su rostro. La serenidad de sus facciones revela la pureza de sus pensamientos.

La sonrisa y el rubor que animan aquellas mejillas, y aquella frente tan dulce, tan tranquila y tan elocuente, recuerdan dias pasados en la virtud, un alma en paz con toda la tierra, y un corazon cuyo amor es inocente.

EL ARPA DEL REY POETA.

Rotas están las cuerdas del arpa del rey poeta, del príncipe de los hombres, y del elegido del cielo; esta arpa no es ya el arpa consagrada por las lágrimas que vertían todos aquellos que escuchaban sus acordes melodías. ¡Dóblese el llanto; sus cuerdas están rotas!

Ella ablandaba con su dulzura los corazones de hierro, y les comunicaba virtudes; no habia oído tan insensible, ni alma tan fria que resistiesen el poder de sus sonidos. ¡El arpa de David era mas poderosa que su trono!

Ella cantaba los triunfos de nuestro rey; celebraba la gloria de nuestro Dios; regocijaba nuestros valles, y hacia inclinarse á nuestros cedros y á nuestras montañas; sus armonías subian al cielo, y allí resuenan ahora.

Desde entónces... no se les oye en la tierra; pero la piedad y el amor arrebatan aun el alma con sonos que parecen salir de los atrios celestiales, sumergiéndola dulcemente en esos sueños que la resplandeciente claridad del dia no puede interrumpir.

SI EN ESE MUNDO ELEVADO...

Si en ese mundo elevado que está mas allá del nuestro, el amor sobrevive con nosotros; si el corazon del objeto amado nos conserva allí su ternura; si sus ojos son los mismos, aunque no humedecidos por el llanto, ¡cuánta no será la felicidad de ser admitido en esas esferas desconocidas! ¡Cuán dulce no sería morir en esta misma hora, volar lejos de la tierra, y ahogar todos nuestros temores en el océano de la eternidad!

Y así será: no es por nosotros mismos por lo que temblamos en la ribera, cuando impacientes por salvar el abismo, permanecemos aun amarrados á la frágil cadena de la existencia. ¡Ah! ¡creamos que en este porvenir encontraremos los corazones que estuvieron unidos á los nuestros, para refrescarnos con ellos en las ondas inmortales, y pertenecerles para siempre sin temer la separacion de la muerte!

LA GACELA SALVAJE.

La gacela salvaje puede aun triscar con alegría sobre las colinas de Judá, y templar su sed en todas las fuentes que brotan de esta tierra santa; sus aéreos pasos se detienen, y su ojo brillante no distingue en torno suyo nada que la espante.

Judá ha oído en otros tiempos sobre estas colinas pasos no ménos ágiles, y ha visto ojos mas seductores; ha conocido en estos lugares, hoy desiertos, habitantes mas dignos de embellecerlos. Los cedros balancean su follaje sobre el monte Libano, pero las nobles hijas de Judá no están allí.

¡Mas dichosa es la palmera que sombrea estas llanuras, que la raza dispersa de Israel! La palmera habita en el lugar en que se ha arraigado, y es la hija graciosa del desierto; no puede abandonar el sitio de su nacimiento; no podría vivir en un suelo extraño.

Pero nosotros estamos condenados á vagar afrentados y á morir en tierras lejanas; nuestras cenizas no descansarán con las cenizas de nuestros padres; ya no resta ni una piedra de nuestro templo, y la irrisión está sentada en el trono de Salem.

¡OH! LLORAD POR AQUELLOS...

¡Oh! llorad por aquellos que lloran en las orillas del río de Babilonia; por aquellos cuyos templos están desiertos y cuya patria es un sueño: llorad sobre el arpa despedazada de Judá; gemid... Allí, donde habitaba su Dios, habitan hoy los que no tienen Dios.

¿Adónde pues lavará Israel sus piés ensangrentados? ¿Adónde le consolarán los dulces cantos de Sion? ¿Cuándo la melodía de Judá regocijará á los corazones, que saltaban al oír sus acordes celestiales?

Tribus errantes, corazones desolados, ¿á dónde huiréis para hallar reposo? la paloma torcaz tiene su nido;

la raposa su cueva; los pueblos su patria... ¡Israel no tiene mas que la tumba!

Alejandro Maurocordato

PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS EN GRECIA.

Maurocordato nació el 3 — 45 de febrero de 1791 en Constantinopla: su madre era la princesa S. Caradja cuya familia tenia varios gobernadores y altos funcionarios en Valaquia, y por parte de su padre descendia directamente del gran intérprete de la Puerta, llamado tambien Alejandro Maurocordato que adquirió tanto renombre en las ciencias como en la política á fines del siglo XII y á quien el emperador Leopoldo II concedió el título de conde del Imperio por la cooperacion que prestó á la libertad de Viena cuando esta ciudad fué sitiada por el gran visir Kara-Mustafá, en 1683. El hijo de Alejandro, Nicolás Maurocordato, nombrado en 1709 gobernador de Moldavia en lugar del indígena Rakovitz, y despues de Valaquia en 1716, abrió la serie de los príncipes Fanariotes en dichos principados.

La educacion del hombre de quien vamos á ocuparnos, así como la de todos los jóvenes griegos de su época, destinados por su nacimiento á las mas importantes funciones del gobierno y de la diplomacia, fué muy esmerada. Hizo Alejandro parte de sus estudios en su casa y el resto en la escuela de Kuru-Tchesme, fundada por Demetrio Morusi en un pueblo del Bósforo y que gozaba una justa celebridad por su cátedra de filosofía. Maurocordato se hizo notable sobre todo por su aptitud para las lenguas. A los diez años, digno émulo de su abuelo hablaba y escribia con igual facilidad el griego, el turco, el persa, el francés y el italiano. Despues añadió el conocimiento del alemán y del inglés.

En 1817 pasó á Bucharest, en calidad de secretario de su tío materno Juan Caradja, nombrado gobernador de Valaquia, y llegó en pocos años á los primeros grados de la administracion.

Allí fué iniciado por la primera vez en los proyectos del partido que tenia por objeto preparar la regeneracion de la Grecia, y que empezó por entónces á tener consistencia. Su nombre estaba inscrito en la lista de los miembros que formaban el consejo secreto de la asociacion en la letra *Xi* que corresponde á la décima cuarta de su alfabeto.

Cuando, en 1818, el príncipe Caradja abandonó bruscamente el principado donde fué reemplazado por Alejandro Soutzo, Maurocordato, libre ya de todo compromiso personal, recorrió los principales países de Europa y fué á fijarse en Pisa, donde no tardó en reunirse con G. Argyrúpulo, el arzobispo Ignacio y otros griegos distinguidos, preocupados como él por el deseo de reconquistar la libertad de su patria.

Durante su permanencia en Pisa, fué cuando el emperador Alejandro con quien habia entablado relaciones en Besarabia en 1818, cuando fué á cumplimentar á este príncipe en nombre de la Sublime-Puerta, le invitó á entrar al servicio de la Rusia, en lo que recibiría considerables ventajas. Maurocordato, manifestando al emperador su gratitud por el buen recuerdo que de él habia conservado rehusó una oferta que le hubiera distraído de la empresa á que habia consagrado su existencia.

Sin embargo, cuando de allí á poco tiempo el jefe de los conspiradores, Alejandro Hypsilantis, despues de haber invadido la Moldavia, le pidió una entrevista, Maurocordato se negó á tomar parte en una revuelta de la cual nada bueno podia prometerse. Segun él si la insurreccion tenia algunas probabilidades de buen éxito, no era en las orillas del Danubio ni en Constantinopla, sino en la misma Grecia, en el seno de las poblaciones belicosas del Magne y de Macedonia.

«No hay nada que hacer en Valaquia, escribió á Hypsilantis. Despachaos, si podeis, á atravesar la Servia y arrojaos en la Macedonia. Aquel es el verdadero terreno.»

Y él mismo apoyó el consejo con el ejemplo. El 10 de julio de 1821, el mismo dia en que la muerte de Napoleon se difundía en Marsella, un buque griego, con bandera rusa entraba en el puerto: era un bergantin de Hydra, salido de Livornia y encargado de con lucir armas y municiones á la Morea.

Este buque llevaba á Maurocordato y á sus compañeros que venian á Marsella á reunirse algunos de sus compatriotas reunidos en aquel punto y sobre unos cincuenta entusiastas franceses y piamonteses, todos pertenecientes á la clase militar. Entre estos figuraba M. Maxima Raybaud, oficial distinguido á quien debemos interesantes memorias sobre el principio de la guerra de la independencia.

Ocho dias despues, el buque á cuya compra y cargamento habia contribuido Maurocordato con toda su fortuna, aparejaba despues que el obispo de la Grecia, Máximo Mazloum celebró á bordo el oficio y bendijo á la embarcacion y á los pasajeros. A su salida del puerto, el pabellon ruso que le habia protegido hasta entónces fué reemplazado por el de la Independencia que fué saludado por doce cañonazos á los gritos de ¡viva la libertad! El dia 3 de agosto siguiente, Maurocordato y sus compañeros desembarcaron en Missolonghi, unas seis semanas despues de haber llegado Demetrio Hypsilantis al Peloponeso. No seguiremos á Maurocordato en esta lucha de que ha sido la personificacion mas pura y brillante, y en la cual se mantuvo seis años en primera linea, ya como general, ya como hombre de Estado, ya como administrador.

El fué quien á la convocacion de la Asamblea nacional del Epidauró, firmó en calidad de presidente del consejo ejecutivo la famosa proclama que la historia conserva como uno de los mas preciosos documentos de aquella época. Dos semanas ántes habia sido promulgada la constitucion que determinaba la organizacion provisional de la Grecia.

En el mes de julio del año 1822, á la vuelta de una mision extraordinaria que habia desempeñado en la Grecia continental, se encontró por primera vez al lord Byron. El aprecio que este hacia de los talentos y del carácter de Maurocordato habia precedido algunos meses á este encuentro. Habiendo Maurocordato resignado generosamente el poder en presencia de la faccion Colocotroni, para no dividir las fuerzas nacies de la Grecia, Byron que se hallaba entónces en Cephalonia ofreció una crecida suma para las necesidades de la escuadra, con la condicion de que Maurocordato habia de tomar la direccion de los negocios en la Grecia continental. La amistad que se entabló entónces entre los dos duró hasta la muerte del ilustre poeta que espiró cerca de un año despues en los brazos de su amigo. Despues de la heroica defensa de Sphacteria, en 1825, Maurocordato se retiró á la vida privada, permaneciendo siempre como intermediario obligado de las diversas relaciones que el gobierno sostenia con los comités philhelénicos y gobiernos extranjeros, así como tambien con los almirantes de las escuadras que cruzaban las costas de la Grecia.

Maurocordato no tomó parte alguna en el nombramiento del conde de Capo de Istrias. Sin embargo, secundó con ventaja su administracion aceptando una mision importante en la isla de Candia y organizando, de concierto con el sabio Tumbaris, la escuadra que contaba por aquel tiempo cien velas disponibles. Durante la menor edad del rey Othon y bajo la regencia bávara, Maurocordato figuró en el ministerio de Hacienda con la presidencia del consejo, despues de lo cual, recibió á título de retirada voluntaria, la embajada de Munich, y mas tarde la de Lóndres.

Llamado de nuevo en 1840 para formar un ministerio, significó al rey la necesidad de alejar á los extranjeros que habian invadido los empleos, consolidar las instituciones políticas del país, introducir ciertas reformas en la administracion, y en fin, dar á la nacion algunas garantías de libertad. No habiendo podido lograr sus deseos, ofreció su dimision; porque así sucede siempre. Aquel rey que nada habia hecho por la patria, que nada queria conceder al pueblo que le habia dado una corona, y en nada estimaba la opinion de los que habian conquistado la independencia de la Grecia. Sin embargo el pueblo se acuerda de sus verdaderos servidores. Maurocordato llevó á su retiro una inmensa popularidad. Carecia de fortuna, pues habia dado todo su patrimonio para salvar á su país, y no habia pensado como otros en explotar su posicion de ministro. El gobierno avergonzado le ofreció una pension en recompensa de sus servicios, y su renuncia fundada en que no queria ser gravoso á la nacion multiplicó sus simpatías.

Dos años despues estalló la revolucion 3-15 de setiembre de 1843 que obligó al rey á convocar una asamblea nacional para formar una constitucion. Maurocordato se hallaba entónces de embajador en Constantinopla. Llamado con urgencia á Atenas y elegido representante de Missolonghi, presidió durante diez meses aquella asamblea, la mas tempestuosa que ha conocido la Grecia.

Promulgada la constitucion, aceptó con sentimiento el poder en 24 de marzo de 1844. Pronto en efecto las minorías vencidas en el seno de la Asamblea se coaligaron contra su administracion haciéndole una oposicion furiosa. Hubiera él podido triunfar, pero necesitaba para eso dos condiciones que le faltaban; desde luego el apoyo del rey, que no le queria bien por sus ideas patrióticas y despues la voluntad de derramar sangre. Maurocordato resignó sus funciones de presidente del Consejo y volvió á tomar asiento en la cámara adonde habia sido llamado por cinco provincias.

El exámen de las actas no estaba concluido aun. La cámara entregada á la camarilla de cuyas opiniones violentas participaba, desbarató cuarenta y cinco elecciones, viéndose Maurocordato y todos sus amigos excluidos de la legislatura. Desde este momento, y aunque fuera de la cámara, este hombre fué naturalmente el jefe de la opinion y sostuvo contra el sistema de Colletis una lucha encarnizada que se prolongó hasta despues de la muerte prematura de este hombre de estado. Despues de la revolucion de Febrero, temiendo un desbordamiento que hubiera sido fatal á la Grecia, Maurocordato se mantuvo firme en sus principios constitucionales, y abandonó su papel de jefe de la oposi-



Maurocordato, primer ministro del gobierno griego.



JULES DUVAUX. DEL.

Estatua del general Carlos Abatucci.

cion, sin unirse por eso al gobierno. En 1850 aceptó la embajada de Paris, reservando sus opiniones respecto á la política interior.

En la situacion en que se encontraba la Grecia por consecuencia de los acontecimientos que han ocasionado la ocupacion provisional del Pireo, nada habia mas prudente que dar las riendas del gobierno á Maurocordato. Llamando al ministro que tanto tiempo habia estado injustamente olvidado, el rey Othon, obrando tal vez y sin tal vez á despecho, puede estar seguro de entrar en una política circunspecta y mas verdaderamente nacional.

Estatua del general Carlos Abatucci.

Con el producto de una suscripcion en que la Córcega ha tomado la iniciativa, la estatua del general Carlos Abatucci, cuya ejecucion fué confiada al hábil cincel de M. Dubray, acaba de exponerse al público en los Campos-Eliseos, ántes de partir para Ajaccio donde debe erigirse, sobre una de las plazas de la ciudad esta representacion de una de las mas bellas glorias republicanas.

Carlos Abatucci, segundo de los cuatro hijos de Santiago Pedro Abatucci, mariscal de Campo, nació en Zicavo, en Córcega el 15 de noviembre de 1771.

A la edad de 15 años entró en la escuela militar de Metz y salió en 1789 con el grado de subteniente. Tres años despues era capitán de artillería en el ejército del Rin. El primer cañonazo tirado en las orillas de este rio fué disparado por él en circunstancias que M. Loudun ha referido de un modo interesante en una noticia biográfica de la cual tomamos estos apuntes. Algunos años mas tarde, Abatucci entró en la artillería montada, y fué nombrado edecán del general Pichegrú, á cuyo lado tomó parte en los combates de Cateau-Cambrésis, de Landrecies y de Menin. En la batalla de Hoogledé fué

nombrado ayudante general, y en calidad de tal supo distinguirse tanto en el paso del Rin por su bravura, que fué nombrado general de brigada.

Atravesado el Rin y empezada la campaña de Alemania, Carlos Abatucci no dejó de combatir con buen éxito en la vanguardia desde Rastadt hasta la accion de Kamlach, despues de la cual el cuerpo que mandaba se reunió al ejército que habia penetrado en Baviera.

En el combate de Friedberg, despues de reunirse al general Moreau, Abatucci fué quien con riesgo de su vida arastró los batallones en el paso del Lach y causó la derrota de los cosacos quitándoles la artillería.

El 30 de agosto de 1796, Abatucci lanzó á los austriacos hasta las puertas de Munich, con el proyecto de marchar sobre la capital del Austria; pero el general Moreau creyendo mas prudente emprender la retirada, confió la retaguardia á Abatucci, quien se condujo de una manera tan brillante, que ganó allí el grado de general de division.

Al entrar en Francia por Hunnigüe, Moreau escogió á Abatucci para hacer frente al enemigo en las dos cabezas del puente de Keal y de Hunnigüe, quien tuvo el cuidado en primer lugar de reparar estas obras, y una vez terminados los trabajos despidió al príncipe de Fustemberg que le proponia entregar la plaza bajo condiciones honrosas. Su contestacion estaba concebida en esta sola palabra: «Ganada.» Tomada la cabeza del puente, despues de un ataque formidable por el príncipe al frente de 6,000 austriacos, Abatucci se refugió en la segunda posicion que abandonó bien pronto para tomar la ofensiva, desalojando á los austriacos de la primera y salvando así la plaza por el glorioso triunfo que pagó con su vida, espirando al dia siguiente en Blotzheim á la edad de veintiseis años.

El artista ha representado al jóven héroe con el traje de general de la república francesa, en pié, teniendo extendida la mano derecha hácia Hunnigüe, en el momento en que oprime con su mano izquierda la proposicion del príncipe austriaco, á la cual respondió tan concómicamente como llevamos manifestado.

La manera arrogante que el artista ha dado al personaje y la base en que lo ha apoyado para indicar la defensa de una plaza de guerra, recuerdan las enérgicas cualidades que distinguian la estatua de Juana Hachette con que hace poco tiempo dotó á la ciudad de Beauvais.

Tiene la estatua del general Abatucci dos metros y medio de elevacion. Esta coronará dignamente el pedestal que debe sostenerla, y cuyos lados contendrán bajas relieves alegóricos, que no han podido exponerse al mismo tiempo que el monumento, pero que serán de un mérito superior segun buenas noticias que de ellos nos han dado.